131
gajo 3
tra E.
5223

EL TEATRO.
N DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL GUARDIAN DE LA CASA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

CEFERINO PALENCIA.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1881.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MARZO DE 1880.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS.			
Cambio de papeles	1	D. José María Rincon...	Todo.
Copias del natural ó la plaza de San Ildefonso	1	Enrique Zumel.....	»
Cuestion de táctica	1	F. Flores García....	»
Don Ramon y Don Julian	1	R. G. Santisteban...	»
El nacimiento de Tirso	1	F. Flores García....	»
Escurrir el bulto	1	Miguel Echegaray...	»
Fieras domestica amor	1	Enrique Zumel.....	»
Hasta mañana	1	Ceferino Palencia...	»
La vision de Fray Martin	1	G. Nuñez de Arce...	»
Los vidrios rotos	1	F. Flores García....	»
Por un ángel	1	E. Jackson Cortés...	»
Por fin atrapé un marido	1	Guillermo G. Nieto..	»
Salir de Málaga	1	José de Fuentes....	Mitad.
Seguros contra incendios	1	Gaspar Marqués....	»
Táctica moderna	1	F. Flores García....	Todo.
Tarde y con daño	1	E. Navarro.....	»
Un buen apunte	1	Eduardo Malvar....	»
Último adios	1	Eusebio Blasco.....	»
Yo me entiendo y bailo solo	1	Juan García.....	»
Choque y descarrilamiento	2	F. Flores García....	»
El regalo de boda	2	Sres. Eduardo y José Jackson.....	»
Juego de Damas	2	D. P. Moreno Gil.....	»
La madre de la criatura	2	F. Flores García....	»
La vocacion	2	Tomás Saavedra....	»
Navegar á todos vientos	2	F. Flores García....	»
Por fuera y por dentro	2	D. Miguel Echegaray...	»
Tribunales de venganza	2	D.ª R. de A. de Laiglesia.	»
Administracion pública	3	D. Enrique Gaspar.....	»
Angel	3	F. Javier Santero...	»
Carrera de obstáculos	3	Ceferino Palencia...	»
¡Dios! ¡Justicia! y ¡Germanía!	3	Eduardo Sojo.....	»
El cuchillo de plata	3	Vidaf V. y Roca....	»
El tonto de Panerot	3	Antonio Roig.....	»
La fuerza de un niño	3	Miguel Echegaray...	»
La madre del comunero	3	E. A. y Martinez....	»
La muerte en los labios	3	José Echegaray.....	»
Mendoza y Compañía	3	Sres. Navarro y Dalmau.	»

EL GUARDIAN DE LA CASA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

CEFERINO PALENCIA

ESTRENADA CON EXTRAORDINARIO APLAUSO
EN EL TEATRO DE LA COMEDIA LA NOCHE DEL 7 DE FEBRERO DE 1881,
Á BENEFICIO DEL EMINENTE PRIMER ACTOR Y DIRECTOR
D. EMILIO MÁRIO.

MADRID:
Imprenta de La Iberia, á cargo de José Blasco.
LOPE DE VEGA, 23 Y 25, BAJO.

1881.

A EMILIO MÁRIO.

La noche del 20 de Marzo de 1879 no se ha borrado ni puede borrarse jamás de mi memoria.

Se estrenaba mi primera produccion: *El Cura de San Antonio.*

Acababan de resonar en mi oido los primeros aplausos que el público, siempre benevolente, tributaba más al principiante que al autor, y usted, que desde el primer momento me acogió con paternal solicitud, compartiendo conmigo la tan inmensa satisfaccion que mi sér embargaba, estrechándome en sus brazos emocionado, casi con lágrimas de alegria en sus ojos: «*¡A escribir comedias!*—me dijo—*¡Adelante!*»

Un ingrato hubiera sido si, aparte de mi loca aficion por la literatura dramática y tras de tan cariñosa acogida, no hubiera obedecido su desinteresado consejo.

Comedias seguí escribiendo con la misma fé, con el mismo entusiasmo que espero nunca me ha de abandonar, y el para otros tan *severísimo juez* continuó alentándome con sus halagadores aplausos.

Hoy más que nunca quiero decirlo muy alto, puesto que muy alto pretenden subirme los inmerecidos elogios que todos me tributan.

Lo poquísimo que sé y valgo se lo debo á Diego Luque y á usted. A Luque por haberme mostrado con singular maestría el camino que debia seguir; á V., como ya he dicho, por haberme prestado su incondicional é invalorable apoyo desde mis primeros pasos por la difícil senda del arte.

Sin el generoso sosten que en Vds. he hallado, ¡cuántas veces no me hubiera caido!

El nombre de Diego Luque ya honra la primera página de mi primer *hijo*. Honre, pues, el para mí tan respetable y querido nombre de usted la primera página de la comedia más celebrada y aplaudida que hasta ahora tengo.

Por otra parte, á V. más que á mí corresponden los aplausos de esta obra. El público, la prensa en general lo han dicho: no pueden darse una direccion ni un desempeño más admirables.

La deuda es grandísima y escasas mis fuerzas. Al dedicarle, por lo tanto, esta obra, no satisfago, cumplo solamente con el deber sagrado de la gratitud.

Suyo,

C. Palencia.

PERSONAJES	ACTORES
CARMELA.....	Señora Tubau.
NORA.....	» Fenoquio.
JUANA.....	» Pastor.
JUSTO.....	Señor Mario.
PIO....	» Rosell.
ALBERTO.....	» Reig.
FLORO.....	» Rubio.

LA ACCION EN UN HOTEL EN MADRID.—ÉPOCA ACTUAL.

672706

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada. Dos puertas á la derecha: una al foro: puerta y balcon á la izquierda. Velador con recado de escribir y demás objetos de adorno, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

CARMELA y JUANA entrando: ambas muy sofocadas.

JUANA. ¡Habráse visto tunante!...
CARMELA. ¡Qué ingratitud! ¡Qué perfidia!
Toma ese devocionario.
(Hace lo que marca el diálogo y como arrojando las prendas.)
¡Infame!—Ahí va la mantilla.
JUANA. No llore usted.
CARMELA. ¿Yo llorar?...
Lo que tengo es una ira
que... ¡pero me vengaré!
JUANA. ¡Bien hecho!
CARMELA. Buena es la niña
para dejarse burlar
por un mequetrefe... ¡un quidan!...
—Dame papel; nó, hay aquí: (En el velador.)
ponte en la puerta y me avisas
si álguien viene... «Caballero».
(Repitiendo lo que escribe.)
JUANA. ¡Eh! ¡No sea usted tan fina!

CARMELA. Tienes razon.—«Señor mio»...
JUANA. ¿Señor de usted?... ¡eso querria!...
CARMELA. ¡Hombre sin conciencia!
JUANA. ¡Eso!
¡y sin vergüenza!
CARMELA. «En su vida
vuelva usted por esta casa
ni se ponga ante mi vista:
desde hoy todo ha concluido.
Suya...»
JUANA. Pero ¡señorita!
¡Qué suya ni qué ocho cuartos!
CARMELA. Cierto: ¡soy más aturdida!...
JUANA. Cármen á secas.
CARMELA. Pues: «Cármen.»
Toma: y si es que otra vez pisa (Dándola la carta.)
los umbrales de esa puerta,
se la das de parte mia.
JUANA. Bien.
CARMELA. Y no admitas escusas,
¿lo oyes? Ni he nacido en China,
ni él se atreverá á negarme
lo que he visto yo: ¡yo misma!
JUANA. ¿Le parece á usté, el bribon,
jugarnos esa partida?
¡Digo, y si no es por mi novio
aún estábamos *per istan!*
¡Y dicen que para nada
valen los de policía!...
«Mira, Juana,—ayer me dijo—
ese señor de patillas
que, segun tú dices, es
novio de tu señorita,
hace guiños á una rubia
que vive en la calle misma
en que yo hago guardia.»—¿Y dónde?
«Calle del Barquillo, esquina
á la de Alcalá.»—¿A qué hora?
«A las diez, todos los dias.»
—Yo no quise saber más,

y se lo conté enseguida
á usté; y hoy, como domingo,
despues de oir nuestra misa...

CARMELA. Sí: ¡lo que pueden los celos!

JUANA. Nos hemos ido solitas
al café que hay frente á frente
á la casa consabida...

CARMELA. En lo que hemos hecho mal;
¡pero muy mal!

JUANA. ¡Eh!

CARMELA. No digas...
entrar dos jóvenes solas
y exponernos á ser vistas...

JUANA. ¡Aquí á nadie se conoce!

CARMELA. Pues aquel señor que habia
tomándose un cholate,
bien nos miraba.

JUANA. ¡Se explica!
¿Qué hombre que vea esa cara
no la mira y la remira?

CARMELA. Y luego, ¿á quién se le ocurre
tomar lo que á tí?

JUANA. ¡Ay qué risa!

CARMELA. Café con media tostada...

JUANA. Yo, la verdad, señorita,
tenia apetito...

CARMELA. ¿Y qué?
¿Allí otras cosas no habia?

JUANA. Como es lo que tomo siempre
que mi novio me convida...

CARMELA. En fin, que estoy pesarosa
y... ¡lo ves!... ¡Dios me castiga!
¡me he dejado allí el pañuelo!...

JUANA. ¡Eh, no sea usted tontina!...
¿habríamos si no visto
lo que hemos visto?...

CARMELA. ¡Alma inícua!
Y ella le estaba esperando
en el balcon... ¡y es muy linda!

JUANA. ¡Qué gestos!

CARMELA. ¡Y qué miradas!
JUANA. ¡Qué dengues!...
CARMELA. ¡Y qué sonrisas!...
¿Qué señas le hizo al marcharse?
JUANA. Así; á las dos.
(Indicándolo con los dedos.)
CARMELA. Juraría
que habia sido así... á las tres.
JUANA. La consecuencia es la misma:
¡pero antes la tiró un beso!
CARMELA. Bueno, bueno; no prosigas.
JUANA. ¡Oh! Si yo fuera que usted,
yo sé muy bien lo que haria
para vengarme.
CARMELA. ¿Qué hicieras?
JUANA. (A ver si en el cebo pica.)
¿No es amigo don Florito
del otro, y tambien visita
de casa?
CARMELA. ¿Qué?
JUANA. ¿No está el pobre
—aunque claro no lo diga—
enamorado de usted?
CARMELA. No sé por qué lo adivinas:
porque ese Floro es tan tímido...
JUANA. Como que usted no le anima...
¿Quiere usted que yo le anime?...
CARMELA. ¡Juana!
JUANA. Yo... pensé... creia...
En fin... yo...
CARMELA. Déjame sola.
JUANA. (Tiene reciente la herida,
pero ella se ablandará...)
¿Entrego ó nó la cartita? (Con cierta malicia).
CARMELA. Ya te lo he dicho.
JUANA. (Perdió
don Alberto la partida:
me alegro; así como así,
ninguna vez se escurria...
en cambio don Floro... ese...

¿á qué está una?... la obligan...)
(Vase, segunda puerta derecha.)

ESCENA II.

Dicha. D. PIO con un mono sobre el hombro.

PIO. Pero ¿no habias salido?
Pronto se acabó la misa.
CARMELA. No tan pronto: fuí á las nueve
y son ya las once.
PIO. ¡Ay, hija!...
dices bien: esta cabeza...
¡Quita, tonto, que me tiras!... (Al mono.)
¿No me das un beso?—Aguarda
que ate á Pepito á su anilla.
Así.
(Se dirige al balcon y ata al mono á una anilla que habrá en uno de los hierros. Carmela se asusta.)
¿Y con quién has salido?
¿con mamá?
CARMELA. Nó, no podia:
estaba muy ocupada
en repasar las cuartillas
que iba á mandar á la imprenta.
PIO. Entonces ni aun te hablaria.
Desde que fundó el periódico,
mejor dicho, la revista
titulada «*El Sexo débil,*
órgano de las familias,»
siempre está escribe que escribe,
y siempre tan abstraida
en sus cosas.
(Carmela está pensativa y dice el «A mí qué» como contestando á lo que piensa.)
CARMELA. ¿Y á mí qué?
PIO. Ni nos habla, ni nos mira...
pero, eso sí, vale mucho:
ante todo la justicia.
Díganlo si no sus obras

y el sin fin de poesías.

CARMELA. (Como contestando á su pensamiento.)
(Y la mancha de la mora,
con otra verde se quita.)

PIO. Además es muy modesta:
¡vaya! ella nunca se firma
con su nombre: usa el pseudónimo
«Leon Ponce de Castilla.»
Pero ¿qué tienes?

CARMELA. ¡Yo, nada!...

PIO. Te veo tan distraida...
¡Ja! ¡je! (Acariciándola).

CARMELA. (Pues si yo quisiera...)

PIO. Mira: Pepe tiene envidia.
¡Qué mono!
(Yendo al balcon á hacer una caricía al mono.)

CARMELA. ¡Sí que es un mono!...

PIO. ¿Verdad que sí?

CARMELA. Nó: decia...
(Me marcho por si es que viene.)
¡Adios, papá! (Vase, primera derecha.)

PIO. ¡Adios, hijita!
¡Vamos, toma un cigarrillo!
¡Espera! ahora una cerilla. (Al mono.)

ESCENA III.

Dicho. FLORO, que trae una maceta, la que colocará en el balcon cuando lo marque el diálogo.

FLORO. ¿Se puede?...

PIO. ¡Floro querido!
¡Qué maceta tan preciosa!
¿Qué es?

FLORO. Un *geráneo rosa*
que á Carmela he prometido.

PIO. Pero no esté usted con ello...

FLORO. Lo pondré aquí en el balcon.
¡Ay! (Al dirigirse á él se le tira al cuello el mono.)

PIO. ¿Qué es eso?

FLORO. Este bribon
que se me ha tirado al cuello.
PIO. ¿Quién, Pepe?
FORO. Sí.
PIO. ¡Habrá enemigo!...
—Hoy no almorzó todavía...
y...
FLORO. Por lo visto, queria
desayunarse conmigo.
PIO. ¡Je!... ¡je!...
FLORO. ¡Pues me ha dado un susto!..
PIO. ¡Respete usté á los mayores!... (Al mono.)
—Como somos protectores,
no puedo pegarle... (A. Floro.)
FLORO. Justo.
PIO. Que aunque en nuestros ideales
hay diferencias...
FLORO. Y tantas.
PIO. Puesto que usted cuida plantas
mientras yo á los animales,
venimos con nuestra union
á ser, por distintos lados,
centinelas avanzados
de la civilizacion.
FLORO. Esa es la pura verdad.
PIO. Pero, ¿no se sienta usté? (Se sientan.)
—¿Qué hay de cosas?
FLORO. Nada sé.
PIO. ¿Qué hay de nuestra sociedad?
—Si en esta nó, yo le abono
que en la exposicion futura
el premio es para este *cura*,
es decir, para este mono.
FLORO. Sí, ¿eh?
PIO. Es tan sagaz, tan listo,
que—sin hacerle á usté agravio—
diré que es un mono sabio
como usted pocos ha visto.
No le falta más que hablar,
pero él entender se deja...

¿Ve usted?... Se rasca la oreja:
eso es que quiere almorzar.
Ven aquí: ya iremos... (Queriendo coger al mono.)

FLORO. ¿Eh?

PIO. Nó: ¡si no tiene malicia!...
—Hágale usté una caricia...

FLORO. Gracias: hágasela usté.
Tienen instintos traidores
estos bichos.

PIO. No tal; nó.

FLORO. Por eso mismo soy yo
más amante de las flores.
Las flores pagan con creces
la proteccion recibida;
que ellas á quien les da vida
dan la vida muchas veces.
Y á más son el elemento
primordial de las conquistas.
Yo cautivé á dos modistas
sólo con un *pensamiento.*

PIO. ¡Bribon!

FLORO. Por una *azucena*
amó una rubia á Fajardo,
y á Peralta por un *nardo*
le otorgó el *sí* una *morena.*
¿Que más? Mi amigo García,
yendo una vez en su coche,
con un *don diego de noche*
flechó á una dama de dia:
y, en fin, sé de un solteron,
natural de Barcelona,
que ha rendido á una jamona
con un clavel *reventon.*

PIO. ¡Je!... ¡je!... Pues venturas tales
nadie las alcazará
mejor que un socio de la
Protectora de animales.

FLORO. Es muy cierto, sí, señor,
y no es vana aprension mia;
por eso no sé qué haria

al que maltrata una flor.

PIO. Y á una flor es pasadero:
eso no es tan reprensible.
Pero diga usté, ¿es posible
mirar con calma á un cochero?
Ayer uno—¡el muy cobarde!—
á un caballo—¡pobrecito!—
Y á propósito, Florito,
¿mata Frascuelo esta tarde?

FLORO. Hombre, no he visto el cartel;
pero si está ya mejor...

PIO. Es el primer matador:
no hay quien se tire como él...
Yo, cuando no está en la plaza,
me encuentro más aburrido!...
¡Ah! que no eche usté en olvido
nuestra partida de caza.
Esta noche en el correo
salimos.

FLORO. No faltaré:
y... aunque yo no cazaré...

PIO. ¿Cómo que nó?... ¡ya lo creo!

FLORO. ¡Si no sé ni aun disparar!

PIO. Eso no le importe.

FLORO. ¿Nó?

PIO. Tampoco sabia yo
cuando comencé á cazar.
Usted siga mis consejos:
ahora, para ejercitarse,
sólo debe dedicarse
á gazapos y á conejos.
Yo pienso llevar la red...

FLORO. ¡Ya! para caza mayor.

PIO. ¡Hombre! ¿Qué ocurre? (A J.ª que entra por el foro.)

JUANA. Un señor
que pregunta por usted.

PIO. Dí que ya voy.

FLORO. Pues me ausento.

PIO. No tal: vuelvo sin tardanza...
Usted es de confianza

y dispensará un momento. (Vase.)

ESCENA IV.

FLORO.—JUANA.

FLORO. Cierto que este hombre confia
en mí; ¿mas de qué me vale?...
JUANA. Si ahora no se atreve usted,
es que es usted un...
FLORO. Cobarde:
ya lo sé; pero ¿qué quieres?
todos no somos iguales.
JUANA. Es que ahora ya...
FLORO. ¿Qué?
JUANA. No existen
los inconvenientes que antes.
FLORO. A ver... explícate.—Espera.
Toma. (Dándole una moneda.)
JUANA. Yo...
FLORO. ¡Toma!
JUANA. (¡Cien reales!)
Pues mi señorita está,
como quien dice, vacante.
FLORO. ¡Ay! ¿sí?
JUANA. ¡Vaya! Don Alberto
desde hoy *requiescant in pace*.
Ya no es su novio.
FLORO. ¿De verás?
JUANA. Yo misma voy á entregarle
el pasaporte... ¡Ay! que viene
hácia aquí.
FLORO ¿Quién viene? ¿Cármen?
JUANA. Declárese usté ahora mismo.
FLORO. Sí, sí: voy á declararme:
tienes razon.
JUANA. (¡Cómo tiembla!
¡Pues no es poco pusilánime
el buen señor!) ¡Tenga usté ánimo!
Si eso es la cosa más fácil...

Y á nosotras, cuanto más
atrevidos...

FLORO. Bueno: márchate.

(Sale Juana segunda puerta derecha.)

ESCENA V.

FLORO y CARMELA: ésta sin reparar en FLORO.

CARMELA. Juana, he pensado otra cosa:
yo misma prefiero hablarle.

FLORO. Muy buenos dias, Carmela.

CARMELA. ¡Ah! Muy buenos.

FLORO. (No soy nadie
en cuanto la miro, vamos.)

CARMELA. ¿Sabe papá?...

FLORO. Sí, ya sabe
que estoy aquí yo: ha salido
porque han venido á buscarle.

CARMELA No esté usted de pié.

FLORO. Mil gracias;
pero no debo sentarme,
porque estando usted sentada,
—si yo tambien me sentase—
pareceria que... (¡Ay Dios!
¡tengo un asiento de frases!)

CARMELA. (¡Jesús! ¡Hay algunos hombres
que no debieran quitarse
nunca las faldas de niños!)

FLORO. (¡Ay! ¡pero qué interesante!)

CARMELA. ¿Qué es de su amiguito Alberto?
No le he visto dias hace.

FLORO. (Pues; por eso le despide.)
Aunque él su amigo me llame,
Alberto y yo somos solo
compañeros de hospedaje,
y por lo tanto no sé
ni he procurado enterarme...
¡Tiene un génio muy distinto
al mio!... él es muy...

CARMELA. Mudable.
FLORO. Justo, sí: y muy...
CARMELA. ¡Falso!
FLORO. Eso.
Le conoce usted.
CARMELA. ¡Bastante!
FLORO. Y sobre todo, conmigo
se toma unas libertades...
CARMELA. ¿Sí, eh?
FLORO. Se luce á mi costa,
porque se pone mis trajes.
CARMELA. ¡Qué atrocidad!
FLORO. Como somos
los dos de poquitas carnes...
CARMELA. ¡No hablemos más de ese hombre!...
FLORO. (Ya no quiere ni aun nombrarle.
¡Qué caramba! Yo me atrevo:
la ocasion es favorable!...)
He traido á usté el geráneo
que la prometí ayer tarde.
CARMELA. ¿Sí? ¿Dónde está?
FLORO. En el balcon.
CARMELA. (Que ha ido á verle.)
¡Qué hermoso... ¿Cómo pagarle?...
FLORO. ¡Bah! (Voy á ver si me entiende.)
¡Qué pensamientos tan grandes
y tan lindos!... (Por unos que figura haber en el balcon.)
CARMELA. ¿Quiere usté uno? (Ofreciéndosele.)
FLORO. ¿Yo?... ¡Si es usted tan amable!...
CARMELA. ¿Y por qué nó? Tome, pues.
FLORO. (¡Oh dicha! ¡Eso es declararse!)
Carmela, yo... (Tomando el pensamiento.)

ESCENA VI.

Dichos, JUSTO y PIO, que entran abrazándose.

PIO. ¡Por aquí!...
FLORO. (Caracoles, ¡en qué instante!...)
PIO. Pero ¿cómo suponer?...

Deja que otra vez te abrace.
¡Ah! ¡Mira mi hija Carmela!
(Presentándosela. Admiracion de Justo y Carmela.)

JUSTO. ¡Señorita!...
CARMELA. (¡Vírgen!...)
JUSTO. (¡Diantre!
La jóven de la tostada!)
CARMELA. (¡El señor del chocolate!)
PIO. ¿Qué es eso? ¿por qué te turbas?
CARMELA. Porque yo... (¿Cómo avisarle?)
conozco á este caballero.
PIO. ¿Tú? ¡No digas disparates!...
Si tú no habias nacido
cuando...
JUSTO. (¡Era esta!...)
CARMELA. No obstante,
nos hemos visto hoy... en misa.
PIO. ¡Acabáras de explicarte!...
CARMELA. En San José; ¿no es verdad?
(Procurando hacer señas á Don Justo para que asienta.)
JUSTO. ¡Sí!...
FLORO. (Yo debo retirarme.)
Carmela, este pensamiento
jamás de mí ha de apartarse.
CARMELA. (¡Adios!... ¿á que este ha creido?...
Me alegro: ¡que el otro rabie!)
FLORO. ¿Señor Don Pio?...
PIO. ¿Se marcha
usted?...
JUSTO. (¿Este botarate
será el novio?)
PIO. Pues lo dicho: (A Floro.)
que no vaya usté á faltarme.
CARMELA. (Que ha pasado al lado de Don Justo.)
¡Por Dios!...
JUSTO. Seré mudo y ciego.
CARMELA. Gracias.
JUSTO. (Engaña á su padre
y oye misa en un café.)
CARMELA. Yo prometo á usté explicarle...

FLORO. A los piés de usté, Carmela.
CARMELA. Adios. (Vase Floro.)
JUSTO. (¡Y parece un ángel
la niña!... En fin, no juzguemos...)
PIO. Pero ¿no quieres sentarte?
CARMELA. Ustedes tendrán que hablar.
PIO. Dí á tu mamá que un instante
abandone sus papeles
y venga aquí.
CARMELA. (Tiene un aire
este señor, y me mira
de un modo tan alarmante!..)
(Hace un pequeño saludo y váse segunda derecha.)

ESCENA VII

JUSTO.—PIO.

PIO. ¡Justillo! ¡Otro abrazo más!
¡Aprieta, por vida mia!...
¡Treinta años dia por dia
sin verte! ¡Y qué viejo estás!
JUSTO. Mi cara no hay que extrañarla:
tú casi desde la cuna
te hallaste con la fortuna:
yo he tenido que buscarla:
y tanto y tanto corrí
tras hembra tan inconstante,
que cuando ya jadeante
sus favores conseguí,
de la noche á la mañana,
al mirarme en el espejo,
me hallé demacrado, viejo,
y con la cabeza cana.
PIO. ¡Ambicioso!
JUSTO. No es verdad;
que aún cuando el oro he buscado,
jamás le he sacrificado
ni amor ni felicidad!
PIO. ¿Te casaste?

JUSTO. Me casé.
PIO. ¿Con aquella modistilla?...
JUSTO. Nó: con una de Sevilla.
PIO. ¿Y dónde está?
JUSTO. ¡No lo sé!
PIO. ¡Hombre!
JUSTO. No está en este suelo.
PIO. ¡Ah! Vamos... ya! ¿Se murió?
JUSTO. Por eso digo que yo
no sé si estará en el cielo.
PIO. ¿No era un angel?
JUSTO. Por mi mal
no lo era, y lo parecia.
PIO. ¿Tantos defectos tenía?
JUSTO. Uno solo y colosal.
Uno, de tal magnitud,
tan grave é interesante,
que por sí sólo es bastante
á robar dicha y quietud.
PIO. ¿Era fea?
JUSTO. Nó.
PIO. ¿Quizás
tonta?
JUSTO. Lista con esceso.
PIO. ¡Ah!... vamos... ¡sí!
JUSTO. Nada de eso.
(Estúdiense estas dos frases.)
PIO. Pues entonces...
JUSTO. Ahí verás.
PIO. No hallo el defecto en cuestion.
¿Pobre?
JUSTO. ¡Bah!
PIO. ¿Cuál puede ser?
JUSTO. Muy sencillo: ¡mi mujer
no tenia educacion!
PIO. ¡Toma!... ¡Toma!...
JUSTO. ¿Es eso un grano
de anís?... ¡Voto á Belcebú!...
PIO. Haberla educado tú!
JUSTO. Ya lo intenté, mas fué en vano.

De sus padres ni una riña
oyó mi esposa adorada,
ni jamás fué contrariada
en sus caprichos de niña;
y aunque le quise poner,
no pude el remedio hallar,
que es necesario podar
el árbol desde el nacer.

PIO. ¿Era mujer de pasiones?

JUSTO. Como todo sér humano;
pero le faltó una mano
que enfrenara sus acciones;
y aunque no tuvo un desliz
ni era tampoco una hiena,
siendo en el fondo muy buena,
se hizo y me hizo infeliz.
Por eso, al ver mi pasada
desgracia y lo que he sufrido
sólo por haberme unido
á una niña mal criada,
es tan terrible mi afan,
que hoy, que llegó á enamorarse
y está próximo á casarse
mi unigénito German,
le digo: «Por compasion,
á la que sea tu esposa
que la falte cualquier cosa,
pero no la educacion.»

PIO. ¿Tienes, pues, un hijo?

JUSTO. Sí.
Ese no más he tenido.

PIO. ¿Y por qué no se ha venido?

JUSTO. Aún tiene que estar allí
algun tiempo.

PIO. ¿En Cuba?

JUSTO. Pues:
su obligacion de soldado...

PIO. Pero ¿habiendo terminado
la guerra?..

JUSTO. No obstante...

PIO. ¿Y es
oficial?
JUSTO. Más arrogante,
y más guapo y más valiente...
PIO. ¿Será ya todo un teniente?..
JUSTO. ¡Todo un señor comandante!
PIO. Pues ¿qué años tiene?
JUSTO. Cumplió
veinticinco hace unos dias,
PIO. ¡Hola!..
JUSTO. ¿Pues tú qué creias?..
¡Si otro como él no se halló!
Si es mi orgullo, si es mi encanto,
y un ángel el cielo quiso
darme en él: es tan sumiso,
tan bueno; me quiere tanto
que... vamos, ¿ves? casi lloro
tan sólo con recordar...
En fin, para terminar:
¡creo en Dios y en mi hijo adoro!
Pero hablemos de tí ahora.
PIO. Pues nada: yo te imité.
JUSTO. ¿En todo?
PIO. Aún no enviudé,
pero... ¡Calla!.. ¡Mi señora!...

ESCENA VIII.

Dichos. Doña NORA.

PIO. Mi amigo Justo Nogales.
NORA. Caballero...
JUSTO. Servidor.
PIO. Hombre de muy raro ingénio.
NORA. Celebro...
PIO. Sentémonos.
NORA. Para mí es dicha muy grande
y tengo á muy alto honor
departir con ciertas gentes...
JUSTO. ¿Eh?

NORA. De cierta erudicion...
JUSTO. (¡Qué estúpida petulancia!)
PIO. ¡Tiene un talento!... (A D. Justo.)
JUSTO. ¿Sí?
PIO. ¡Oh!
¡y es una gran literata!
JUSTO. (¿Literata? Pues, señor,
ya la tengo antipatía!)
NORA. A usted, como hombre de pró,
no le causará extrañeza...
JUSTO. Al contrario, admiracion.
NORA. Para las gentes vulgares
una escritora cual yo
es un bicho raro.
JUSTO. Eso...
NORA. Pues creen en su interior
que la mujer ha nacido
para estarse en un rincon
y pasar la vida entera
con la aguja y el perol.
JUSTO. Ciertamente.
NORA. Pobres gentes
á quienes el Creador
negó ese soplo divino
que, como un rayo de sol,
penetrando en los cerebros,
los ilumina y...
PIO. ¡Sí!.. ¡los!..
JUSTO. (Lo dicho, me va cargando.)
NORA. ¿Sin luces, sin instruccion,
que es la mujer? Cualquier cosa:
un mueble de tocador,
un frasco de opoponax...
PIO. (Ap. á D. Justo y muy gozoso de oir hablar á D.ª Nora.)
¿Qué te parece?
JUSTO. ¡Ah!
PIO. ¡Oh!
NORA La mujer antiguamente
era esclava del señor
que en dorados camarines

la rendia adoracion,
hasta que al fin se agostaba
como en la estufa la flor.
Hoy los tiempos han cambiado:
aquel tiempo ya pasó,
y la sociedad moderna,
reconociendo su error,
ha franqueado la puerta
de nuestra triste prision.
¿No es el pensamiento libre?
¿no vuela y corre veloz?
¿Pues por qué no ha de ser libre
la mujer?

PIO. Claro.

JUSTO. (¡Qué horror!)

NORA. Lo dicen Dumas, Balzac,
y Byron y...

JUSTO. Paul de Kok.

NORA. No lo diga usted irónico,
porque es un gran escritor.
El mismo Emilio Zola. (Léase Solá)

PIO. ¿Oyes? (A D. Justo.)

JUSTO. ¡Vaya!

PIO. ¡Si es atroz:
los trata á todos!..

JUSTO. ¡Ya veo!

NORA. ¡Qué ingenio! ¡qué inspiracion!
¿Ha leido usted su obra
L'Asomoar, en español
taberna? ¡Es una obra magna:
no cabe cosa mejor!
Yo, admiradora del género,
escribo ahora *El bodegon*.

JUSTO. ¿Será interesante?

NORA. Mucho:
así con cierto sabor...

JUSTO. ¡Vaya si será sabroso!

NORA. Y en el fondo una intencion...

PIO. ¡De Miura, chico, de Miura!

NORA. Si no le conoces.

PIO. Nó:
pero tú siempre has tenido
malas intenciones.

NORA. Dios
no quiso darte á tí el soplo...

PIO. ¡Ah! chico, y se me olvidó:
ha fundado una revista
del género superior.

NORA. *El sexo débil,* que pongo
de usté á la disposicion.

JUSTO. Es mucho sexo, señora.
¿Y tú?

PIO. Yo soy protector
de plantas y de animales. (Dándole en el hombro.)

JUSTO. Bien, que parece alusion.
Pero si mal no recuerdo,
tú eras antes cazador.

PIO. ¡Y sigo siéndolo!

JUSTO. Mira,
pues bonita proteccion
es la tuya!

NORA. Y sin embargo,
lo es.

JUSTO. (¡Son locos los dos!)

NORA. Por donde él va, no va otro,
y como este es un reló
que apunta pero no dá...

PIO. Eso es exageracion,
y pronto daré una prueba
de lo contrario.

JUSTO. ¿Si?

PIO. Hoy,
porque estoy comprometido,
pienso ir á una posesion
solo á cazar codornices.

JUSTO. ¿Y eso?...

PIO. Ha picado mi amor
propio el que ocupa este hotel
de al lado, don Juan Muñoz,
que está con su codorniz

tan cargante y baladron...
¡Vamos! lo que es si pudiera,
se la robaba.

JUSTO. (¡Señor!)

PIO. Además, quiere mi Cármen
que la cace un perdigon,
y aunque es caza muy difícil,
le cazaré, ¡no que nó!

JUSTO. ¿Ese mono es protegido
tuyo?

PIO. Sí: ¡es lo más bribon!..
Todo lo aprende en seguida:
ya escribe mejor que yo.

JUSTO. (Esta al sexo débil; y éste
es de un mono preceptor.
¿Qué apostamos que á su hija
no le han dado educacion?)

PIO. Y Carmela, ¿no me dices?..

JUSTO. Ya he visto que es un primor.
¿Tiene ya novio? ¿Se casa?

PIO. Hombre, no se me ocurrió
preguntarla: eso á su madre.

NORA. Yo lo dejo á su eleccion,
porque es lo que yo la digo
por boca del gran *Rouseau*. (Léase Rusó.)
«Hija mia, el alma es alma,
y el corazon...»

JUSTO. Corazon.

NORA. Una cosa es el *yo* interno
y otra cosa es el *no yo*.
Por ende yo, aunque tu madre,
no debo ejercer presion
sobre tí.

JUSTO. ¿Y ese muchacho
que antes de aquí se marchó?
Yo sospecho si...

PIO. ¿Quién, Floro?

JUSTO. Ese.

PIO. ¡Si es un pobreton!

JUSTO. ¿Es hijo de algun amigo?

PIO. Mira, él es de Badajoz.
Pero no conozco á nadie
de su familia. Ganó
premio de floricultura
en la última Exposicion,
é intimamos desde entonces.

JUSTO. (¡Ya es seguro mi temor!)

NORA. Teniendo cual tiene Cármen
amplísima ilustracion,
créame usted, es difícil
que el hombre á quien dé su amor
no le merezca. Ha leido...

JUSTO. Hay que tener precaucion,
sin embargo, porque hay obras...

NORA. Como yo soy el censor...

JUSTO. Por ejemplo, cuando vine
compré un libro en la estacion
de Cádiz, que si yo fuera
alcalde ó gobernador,
metia al punto en la cárcel
al que tal cosa escribió.
¡Qué doctrinas! ¡qué sandeces!
¡qué disparates!

NORA. ¿Su autor? (Con mucho interés.)

JUSTO. Leon Ponce de Castilla.

NORA. ¡Caballero!

PIO. ¡Hombre, por Dios,
que ese Leon es mi esposa!

JUSTO. ¿Cómo... usted?

NORA. Yo soy Leon.

PIO. (¡Mejor dijeras pantera!)

NORA. ¡Qué insulto!

JUSTO. Señora... yo... (Procurando disculparse.)
La verdad es que la obra...

PIO. Ven á ver tu habitacion,
porque no sales de aquí.

JUSTO. No me guarde usted rencor.

PIO. (¡Pero, hombre, la que has armado!) (A D. Justo.)

NORA. ¡Y en mi cara! ¡Ignoranton!

(Vanse los dos primera izquierda.)

ESCENA IX.

NORA y ALBERTO.

ALBERTO. ¿Señora mia?
NORA. Adelante,
Alberto.
ALBERTO. A los piés de usté.
NORA. Beso...
ALBERTO. Por lo que se vé,
y á juzgar por su semblante,
se halla usté indispuesta...
NORA. No...
Mas...
ALBERTO. Si no soy indiscreto...
NORA. Se me ha faltado al respeto
y se me ha insultado.
ALBERTO. ¡Oh!
¿Quién atreverse podrá?...
NORA. ¡Un ignorante!
ALBERTO. ¿Su esposo?
NORA. Un amigo cariñoso
de él.
ALBERTO. ¡Hola! Y dónde está?
¿Quién es ese majadero?
Permita usted que le llame...
NORA. ¿Pues no quería el infame...
meterme en el Saladero?
ALBERTO. ¡Vaya. Es un loco!
NORA. Ha leido
el libro que he publicado,
y le han escandalizado
las doctrinas que he vertido
en él.
ALBERTO. Pruebas evidentes
de la gran revolucion
que el opúsculo en cuestion
causará entre ciertas gentes.
Sombras que huyen confundidas

á la luz de rojas teas:
¡todas las grandes ideas
son siempre muy combatidas!

NORA. Le desprecio

ALBERTO. Sí, el desprecio
merece sólo, á mi ver.
¿Qué valor pueden tener
las opiniones de un necio?

NORA. ¿Qué tal va nuestra revista?

ALBERTO. Lo mejor que puede ir,
porque se la vé subir
por instantes.

NORA. ¿Sí?

ALBERTO. La lista
aumenta diariamente;
y se explica, sí, señora...
siendo usted la directora...

NORA. Y usted director gerente.

ALBERTO. Cargo que usted me otorgó,
sin yo merecerle.

NORA. ¿Cómo?

ALBERTO. Cierto que interés me tomo...

NORA. ¿Y cubre ya gastos?

ALBERTO. Nó:
no los cubre todavía,
pero ya los cubrirá...
¡Y estoy cierto que será
muy pronto.

NORA. ¿Sí?

ALBERTO. (Cualquier día.)

NORA. Eso no es muy importante.
Cuando hay capital que puede
resistir...

ALBERTO. ¡Ya!

NORA. Que no quede
por dinero, y ¡adelante!

ALBERTO. (¡Soberbio!)

NORA. ¿Hay alguna cuenta
que no hayamos abonado?

ALBERTO. No tal: todas se han pagado...

excepto la de la imprenta.
Creo que la traigo... Sí. (Sacándola.)

NORA. ¿Asciende?

ALBERTO. A cuatro mil reales.

NORA. ¿Justos?

ALBERTO. Justos y cabales.

NORA. Pues espéreme usté aquí
y los traeré.

ALBERTO. ¡Por favor!...
¿Va usté á molestarse ahora?
¡Tenemos tiempo, señora!

NORA. Nada: ¡cuanto antes mejor!

ESCENA X.

ALBERTO y JUANA.

ALBERTO. Esto va á pedir de boca;
mejor no puede marchar.
Si *audaces fortuna juvat*,
segun antiguo refran,
yo juro que la fortuna
esclava mia será.

JUANA. (Saliendo con una carta en la mano.)
Tengo para usté un recado

ALBERTO. Pues ya me le puedes dar.
¿Qué es ello?

JUANA. Esto (Dándole la carta.)

ALBERTO. ¡Una carta! (Tomándola.)
¿De quién?

JUANA. Usted lo verá.

ALBERTO. ¡De tu señorita!...

JUANA. ¡Claro!

ALBERTO. ¡Cosa más original!..
¿Por qué me escribe á mí cartas
si nos podemos hablar?

JUANA. ¿Qué sé yo? No es la primera.

ALBERTO. Sí, dices mucha verdad:
pero, en fin, á ver qué quiere! (La abre.)

JUANA. (¡Buen chasco vas á llevar!) (Vase.)

ESCENA XI.

ALBERTO despues CARMELA.

ALBERTO. ¿Qué es esto? ¡Oye! Se ha marchado.
¿Habré leido yo mal?
«¡Todo ha concluido!»
CARMELA. Todo.
ALBERTO. ¡Eh! ¿Me quieres explicar?...
CARMELA. ¡Que se lo expliquen á usted
en la calle de Alcalá,
esquina á la del Barquillo!...
ALBERTO. (¡Demonio! ¡Serenidad!)
CARMELA. Ya sabe usted que á las dos...
Conque no se haga esperar...
y no eche usted en olvido
lo de... (Simulando tirar un beso.)
ALBERTO. ¡Carmela...!
CARMELA. ¡Ja! ¡ja!
Gracias que á mí, se lo juro,
me es completamente igual.
ALBERTO. ¡Escúchame!
CARMELA. Nó, es en vano,
porque es todo inútil ya.
ALBERTO. (Esta niña es una loca
y hay que saberla tratar.)
CARMELA. (¡Infame!)
ALBERTO. Bien: y supuesto
que no quieres escuchar
ni una frase de mis lábios,
hágase tu voluntad.
Tú busca quien más te quiera,
y yo me echaré á buscar
quien haga á mi amor justicia
y le aprecie en algo más.
¡Adios!
CARMELA. ¿Y así se va usted?
ALBERTO. Piensas que mi dignidad
permite tales insultos

y que me he de rebajar
á sincerarme de culpas
que no cometí jamás?
Quien por ridículos celos
me juzga de un modo tal,
ni sabe lo que es amor
ni debe á nadie engañar!

CARMELA. ¿Y aún se atreve usté á negarme,
¡qué infamia! ¡qué indignidad!
lo que he visto con mis ojos?

ALBERTO. Pues no has sabido mirar.

CARMELA. Que no me tutee usted.

ALBERTO. Bien: no tengo gran afan.
Adios, y afectos á Floro,
que yo supongo será
quien me reemplace.

CARMELA. ¡Oh!

ALBERTO. ¿No es ese?

CARMELA. ¡Cuánto cinismo! ¡Quizás!

ALBERTO. ¡Me alegro, me alegro mucho!
Es un chico muy formal,
y muy guapo, y sobre todo
muy humilde, y... *au revoir.* (Léase *orevuar.*)
(¡Ya está lo mismo que un guante!
¡Qué tacto y qué habilidad!)

CARMELA. ¡Alberto!...

ALBERTO. (¡El golpe de gracia!)
Llegue usted á idolatrar
á una mujer cuyo aspecto,
en estremo angelical,
parece ocultar tesoros
de hermosura y de bondad;
entréguele usted su alma,
para que sin más ni más,
á las primeras de cambio,
le suplante otro galan!...

JUSTO. (Que está escuchando desde una puerta de la izquierda.)
(¡Otro, y van dos! ¡Escuchemos!)

CARMELA. ¿Pero se va usté á marchar?

ALBERTO. ¡Pues es claro!

CARMELA. Bien. Supongo
que hoy mismo me entregará
mis cartas.

ALBERTO. Sí, sí, señora.

JUSTO. (¿Sus cartas?)

ALBERTO. (¡No las verás!
¡Valen mucho!)

JUSTO. (¡Es que han reñido!
¡Pero con qué libertad
hablan aquí los dos solos!....
¿Dónde diablos estará
su madre?)

NORA. (Saliendo y dando unos billetes á Alberto.)
Aquí tiene usted.

ÈSCENA XII.

Dichos. NORA.

ALBERTO. Pues voy al punto á pagar.

JUSTO. (¡A no verlo por mis ojos!...)

ALBERTO. (Lo dicho: tú cederás!)

CARMELA. (¡Ni una disculpa siquiera!)

NORA. ¿No nos quiere usted honrar
á la mesa? (A Alberto.)

ALBERTO. ¡Oh, nó, mil gracias;
pero esperándome están.

NORA. ¿Hasta cuándo?

ALBERTO. Hasta mañana.
(¡Ay qué niña y qué mamá!
¡No se pasa media hora
sin que me mande llamar!) (Váse.)

ESCENA XIII.

CARMELA. NORA.

NORA. Vamos, Carmela.

CARMELA. Ya voy.

NORA. Que no tardes.

CARMELA. ¡Ay, qué afan!
NORA. ¡Si el almuerzo está esperando!
CARMELA. Si es que no quiero almorzar.
(Contestando con malos modos.)
NORA. ¿Por qué?
CARMELA. ¡Jesús! ¡qué pesada!
¿Me quieres dejar en paz?
NORA. Bien, bien. (Váse derecha.)
JUSTO. (¡Bonitos modales!
Buen modo de contestar.)

ESCENA XIV.

CARMELA y JUSTO.

CARMELA. No siento lo sucedido
por perderle, nó, señor.
No es por su amor... ¡Eh! ¡qué amor!..
¡Si yo nunca le he querido!
Mas no me debo quejar:
la culpa es mia y muy mia;
si yo á ese hombre no quería
no he debido dar lugar
á esto que ahora me ha pasado.
JUSTO. (¡Y el que de marcharse acaba
de falsa é infiel la acusaba!)
CARMELA. ¡Oh! ¡y hasta me ha despreciado!
¡Jesús! (Mesándose el cabello y golpeándose.)
JUSTO. (¿Qué es eso? ¿Se tira
del pelo?)
CARMELA. Y yo que hasta fuí
á un café... ¡Necia de mi!
¡Tengo una rabia... una ira...
que... si quebrarle pudiera
como quiebro este abanico!
(Rompiendo uno que tendrá á mano.)
¿Se burla de mí ese mico?
(Por el mono que estará en el balcon.)
¡Toma! (Tirándole unos libros.)

JUSTO. (Adios!... ¡pobre vidriera!...)

(Al tirar los libros rompe las vidrieras del balcon, se levanta muy furiosa y tropezando con un velador tira todos los objetos que en él se hallan. Al querer recogerlos para colocarlos en su lugar los va rompiendo más, hasta que, por fin, prorumpe en llanto y se arroja en una butaca.)

CARMELA. ¡Ay!

JUSTO. (¡Atiza!)

CARMELA. ¡Cómo estoy!
¡Claro! Cómo tener calma...
¡Ay Dios mio de mi alma!
¡qué desgraciada que soy!...

JUSTO. (Que sale y se va acercando poco á poco á Carmela.)
(¡Lo mismito era mi Luisa!)

CARMELA. ¿En qué he ofendido yo al cielo?

JUSTO. Aquí tiene usté el pañuelo (Presentándosele.)
que ha perdido usted en *misa*.

CARMELA. Yo le explicaré... (Sorprendida.)

JUSTO. No exijo.

CARMELA. No obstante, hablaremos.

JUSTO. ¡Bien!
(¡Y este es el ídolo á quien
adora ciego mi hijo!)
(Contemplando á Carmela que se retira llorosa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa el jardin de un hotel. Al foro éste con cuartos practicables á derecha é izquierda. En el centro la puerta de entrada y escalerilla con macetas, jarrones, etc., etc. En el jardin, á un lado, velador con silla, y á otro dos mecedoras. Canastillos de flores al pié de las ventanas. A derecha é izquierda calle de árboles que se pierden en el foro, de manera que el hotel resulte aislado. Al lado de la ventana de Cármen, ó sea al izquierdo, debe haber plantas ó arbustos de regular tamaño, para el mejor efecto final de este acto. Dos bombas á los dos lados de la puerta. Luces en los cuartos que se enciendan y apaguen á su debido tiempo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO y doña NORA.

ALBERTO. ¡Oh, mi ilustre directora!
¿Cómo en el jardin la encuentro?

NORA. Pláceme en noches tranquilas
cual esta noche, en que el céfiro
susurrando entre las hojas
las conmueve con sus besos,
discurrir por estas calles
de primaveral aspecto.
La noche es para las almas
fuente de dulce consuelo,
íris de ruda tormenta,
crisol de los pensamientos...
¡Qué de encantos atesora!
¡qué arrobadores misterios!
¡Qué de ideas no despiertan
su soledad y silencio!

ALBERTO. Habla usted como quien es.
(¡Qué estilo tan pedantesco!)

NORA. Los árboles y las flores
prestan á mi sér alientos
y reverdecen mi espíritu
trasladándome á otros tiempos
Por eso dije á mi esposo
cuando de mi amor fué dueño:
«Si feliz quieres hacerme,
manda que en un barrio extremo
de Madrid nos edifiquen
un hotel que, aunque pequeño,
tenga un jardin espacioso,
de plantas y árboles lleno.»
Y sin este hotel, de fijo,
de fijo me habria muerto.
Yo necesito mucho aire,
mucha luz y mucho cielo.
Pero sepamos la causa
que le trae á usted.

ALBERTO. Pues vengo
á molestarla...

NORA. ¡Oh, nó, nunca!

ALBERTO. Son precisos unos versos
para el número que sale
mañana.

NORA. Bien: los haremos.

ALBERTO. ¡Ojalá supiera yo!...

NORA. Todo es querer.

ALBERTO. Nó; no puedo.

NORA. ¿Como cuántos harán falta?

ALBERTO. Yo supongo que unos ciento.

NORA. ¿Nada más? Pues si usted quiere
puede usted pasar...

ALBERTO. Prefiero
estarme aquí paseando...

NORA. Como guste.

ALBERTO. Por supuesto
que mi querido don Pio
aún de su excursion no ha vuelto?...

NORA. Nó.

ALBERTO. ¿Y Carmela?

NORA. En la ópera.
ALBERTO. Sí, con don Justo.
NORA. Ese viejo,
que sin más ni más queria
meterme en el Saladero.
Ya me ha dado sus disculpas
y quiso enmendar su yerro;
pero no se lo perdono.
¡Ea! voy á mi aposento. (Váse.)

ESCENA II.

ALBERTO.

Otro que no fuera yo,
tendria en estos momentos
un humor de mil demonios
y una inquietud, vulgo miedo...
¡Don Justo en Madrid, y aquí,
en esta casa, viviendo!
Quizá de mí no se acuerde,
aunque mucho me lo temo.
La jugada no fué limpia,
y... por sí ó por nó, yo debo,
mientras él aquí se encuentre,
estarme en mi casa enfermo.
Pero si abandono el campo...
Él tiene un hijo, y sospecho
que pretende con Carmela
concertar un casamiento...
Si es así, á tiempo ha venido.
¡Vaya si ha venido á tiempo!
Cuando Cármen, despechada...
Mas yo birlarme no dejo
la dama... Si yo pudiera,
aun á trueque de algun riesgo,
obligarles á... Don Pio
hoy no está, y hay uno ménos
que me estorbe... Esa ventana
(La del cuarto de la izquierda.

se halla muy cerca del suelo,
y es del tocador de Cármen...
¡Eh! No nos precipitemos.
Yo necesito ante todo
quien me ayude en mi proyecto.
Juana... ¿Quién mejor? Es claro:
haré uso del guardapelo
que hoy compré para la otra...
Ella viene. (Sale Juana.)

JUANA. ¡Don Alberto!

ESCENA III.

ALBERTO y JUANA.

ALBERTO. Ven aquí, y no alces el grito,
porque tu ama está escribiendo.

JUANA. ¿Qué hay?

ALBERTO. Yo á tu señorita,
á pesar de los desprecios
que ayer me hizo, lo juro,
con alma y vida la quiero.

JUANA. Pues cuénteselo usté á ella.

ALBERTO. Justamente para eso
es para lo que reclamo
tu proteccion.

JUANA. Mi...

ALBERTO. ¿Ves esto? (Enseñándole un estuche.)
Ven á la luz de estas bombas.

JUANA. ¡Oro de ley!

ALBERTO. En tu cuello
lo puedes lucir mañana,
si quieres.

JUANA. ¿Cómo?

ALBERTO. Yo tengo
que hablar á tu señorita
sin testigos, y deseo
que sea esta noche misma...
¿Me entiendes?

JUANA. ¡Vaya!...

ALBERTO. Al efecto,
con mucho tacto y sigilo,
cuando estén todos durmiendo,
mediante una seña tuya,
hasta este sitio penetro.

JUANA. No siga usted... A tal costa...

ALBERTO. Si mi palabra te empeño...

JUANA. He dicho que nó y que nó.

ALBERTO. ¡Habla bajo!

JUANA. ¡Es que le advierto!...

ALBERTO. (¿Cómo obligarla?... ¡Ah, qué idea!
En este bolsillo llevo
una carta de la rubia...)
Ya que no hay otro remedio,
hay que decírtelo todo.
Al venir aquí obedezco
á una cita que Carmela
me mandó hoy por el correo.

JUANA. ¿Y por qué, como otras veces,
yo no la he llevado?

ALBERTO. Pienso
que no querrá que tú sepas...
Por tanto, guarda el secreto.
¿Sabes leer?...

JUANA. Nó.

ALBERTO. Pues dice:
«Ven esta noche, te espero;
no faltes, que hemos de hablar.»

JUANA. (Examinando la carta que muestra Alberto.)
¡Y es su letra!

ALBERTO. (¡Ya lo creo!...
Todas son iguales!)

JUANA. Bien,
pues venga usted.

ALBERTO. ¡Chist! Más quedo.
Tu señorita es muy niña,
muy infeliz, un modelo
de inocencia, y no comprende
que alguno pudiera vernos.

JUANA. Es verdad.

ALBERTO. Y por lo mismo
nosotros cuidar debemos.
Mira, yo espero ahí afuera,
y si no hay impedimento,
es decir, si todos duermen
tranquilos y sin recelos...
Tú me haces á mí la seña
que convengamos; con tiento
salto la verja, y...

JUANA. Que conste
que solamente me presto
por mi señorita.

ALBERTO. Toma. (Dándole el estuche.)

JUANA. (Esto es ser un caballero.)

ALBERTO. (El dinero de la imprenta
bien permite estos dispendios.)

JUANA. La señal será una luz.

ALBERTO. Nó, no me fío del viento.

JUANA. ¿Unas palmadas?

ALBERTO. Tampoco;
puede alguno, sin saberlo,
batir palmas fácilmente.

JUANA. ¡Ah! Ya sé.

ALBERTO. ¿Diste ya en ello?

JUANA. En el cuarto de mi amo
habrá, si mal no recuerdo,
reclamos de codorníz.

ALBERTO. ¡Oh! ¡Magnífico! ¡Soberbio!

JUANA. Hago sonar uno.

ALBERTO. ¡Bravo!
¿Pero sabes?

JUANA. Por supuesto:
yo me pondré en mi ventana,
que da á ese lado.
(Indicando la fachada de la izquierda.)

ALBERTO. ¡Qué ingenio!
Si hay inconvenientes...

JUANA. Callo,
y á otro dia esperaremos.

ALBERTO. Pues quedamos convenidos.

Eres, Juanilla, un portento...
Y á Cármen... (Indicando silencio.)

JUANA. Descuide usted:
me echaré en la boca un sello.

ESCENA IV.

Dichos. Doña NORA abriendo la ventana de la derecha y sentada delante de la mesa que habrá dentro.

NORA. ¿Alberto?

ALBERTO. ¿Señora mia?
(Aproximándose al pié de la ventana.)

NORA. El trabajo ya está hecho.

ALBERTO. ¡Tan pronto!...

NORA. Era poca cosa.

ALBERTO. ¡Qué inspiracion! ¡Qué talento!

NORA. Es romance, y los romances,
francamente, los manejo
muy bien.

ALBERTO. (¡Eso sí, es modesta!)

NORA. Ya verá usté unos sonetos
que he dedicado á mi esposo
filosófico-burlescos:
todos tienen estrambote.

ALBERTO. Serán dignos de Quevedo.
Conque si usted no me manda
otra cosa, yo la dejo.

NORA. Dispénseme si no salgo...

ALBERTO. Conmigo no hay cumplimientos...
Hasta el miércoles ó el juéves.

NORA. Adios.

ALBERTO. A Cármen afectos.

NORA. Gracias... (Retirándose al interior de la habitacion.)

ALBERTO. Oye: ¿tu señora (A Juana.)
pasa la noche?...

JUANA. En un sueño,
y se acostará muy pronto.

ALBERTO. Pues lo dicho y hasta luégo. (Vase.)

ESCENA V.

Doña NORA y JUANA.

NORA. ¡Juana! (Desde su habitacion.)
JUANA. Mande usted, señora.
NORA. Avise usté al jardinero
para que esté con cuidado,
no sea que venga luégo
la señorita y no oiga
llamar.
JUANA. Ya le previnieron
al salir ella y don Justo.
NORA. Entonces nada; y le advierto
á usted que voy á escribir,
y bajo ningun concepto
se me interrumpa.
JUANA. Está bien.
(Nora se retira, cerrando las vidrieras de su habitacion.)
Creo que ahora han abierto
la verja... Es la señorita
con el huésped. Evitemos
sospechas. Lo más prudente
es quitarme ahora de en medio (Vase.)

ESCENA VI.

D. JUSTO Y CARMELA : ésta viene riendo.

CARMELA. ¡Cuánto me alegro haber ido!
JUSTO. ¿Sí, eh?
CARMELA. ¡Lo que yo he gozado!
¡Le digo á usted que he pasado
un rato más divertido!
¡No será la última vez!
JUSTO. Conmigo, sí; la postrera.
CARMELA. ¡Vaya una cara! Cualquiera
diría que es usté un juez.
Siempre tan grave y tan serio...

JUSTO. Así soy desde la cuna.
CARMELA. Si ese rostro le hace á una
pensar en el cementerio.
JUSTO. ¡Niña!... (¡No puede sufrirse!...)
CARMELA. ¡Qué bolero y qué manola!...
Y usted, nada, ni una sola
vez llegó á sonreirse.
JUSTO. ¡Creo que es faltar á Dios
burlarse de la desgracia!
CARMELA. ¿Pero no le hizo á usted gracia
ver bailar á aquellos dos?
¡Ella fea y vieja, y él
casi moverse podia!...
JUSTO. Reirme de eso sería
á más de nécio, cruel.
CARMELA. Detrás de mí habia cuatro
burlones que... ¡já! ¡já! ¡já!
Voy á decir á papá
que me abone á ese teatro.
JUSTO. (¿Y será muy capaz?...)
CARMELA. Pero...
en deuda con usté estoy;
espéreme aquí, que voy
á quitarme este sombrero.
Ya que la noche convida
á ello...
JUSTO. (¡Qué *sans-façon!*)
CARMELA. Debo á usté una explicacion
sobre... (Mostrando el pañuelo.)
JUSTO. ¡Bah!
CARMELA. Vuelvo enseguida. (Váse.)

ESCENA VII.

D. JUSTO.

Yo debí marcharme ayer,
y era cuestion terminada;
visto lo de la tostada,
¿qué más he debido ver?

Quiso ir esta noche al Real,
y yo, á *fortiori* galante,
me ofrecí de acompañante
¡y ojalá no hiciera tal!
Salimos á pié de aquí,
y apénas al Real llegamos
me dice: «¿Por qué no vamos
á la Zarzuela?...» Por mí...
«Mejor es al Español.»
Como usted guste, querida.
«O á la Comedia.»—En seguida.
«O á Eslava.»—Bien.—«O á Guignol.»
Y si hay mil teatros, mil
recorreremos. Total:
pensando haber ido al Real,
venimos de la Infantil.
Yo, por mi mala fortuna,
hallé mujeres muy locas,
mas como esta he visto pocas:
¿qué pocas? No ví ninguna.
¿Y en la calle? ¡No hay paciencia!
á cualquiera compromete.
Por mirarla, á un mozalvete
me le soltó una insolencia;
y en cambio, á un viejo coscon
que la murmuró al oido
no sé qué, le ha sonreido
llena de satisfaccion.
Esto remedio no tiene
ni ya le puede tener.
¡Hijo!... busca otra mujer,
porque esta no te conviene.
¡Aún no alcanza tu razon
lo que unido á ella sufrieras!
¡Sí, hijo mio, sí!... ¡No quieras
ser mi segunda edicion!

ESCENA VIII.

D. JUSTO y CARMELA.

CARMELA. ¡Ea! Siéntese usté aquí
(Mostrándole unas sillas que habrá junto á un velador de jardin.)
y no esté conmigo adusto.
La verdad, señor don Justo,
¿qué ha pensado usted de mí?

JUSTO. ¿Pensar?... ¡Pues nada, hija mia!

CARMELA. Ante todo, le diré
con ingenuidad, que usté
me inspira gran simpatía.
No use, pues, de ambigüedades
y hábleme usté muy clarito.

JUSTO. ¿De veras?...

CARMELA. Yo necesito
quien me diga las verdades.

JUSTO. Pues si usted desea oirlas,
yo no deseo callarlas.

CARMELA. Dispuesta estoy á escucharlas.

JUSTO. Y yo dispuesto á decirlas.
Venga de ahí.

CARMELA. Con la doncella
me vió usted en un café...

JUSTO. ¿Y con qué objeto?... ¿Por qué
de *ocultis* y á la hora aquella
estaba usté en sitio tal?...

CARMELA. Pues estaba—¡el caso es óbvio!—
para espiar á mi novio.

JUSTO. ¡Pues hija, hizo usté muy mal!

CARMELA. Ya lo sé.

JUSTO. Doble delito.
Los celos...

CARMELA. ¡Cá! No, señor:
¡si yo no le tengo amor!...

JUSTO. ¿Que no le ama usted?

CARMELA. ¡Maldito!

JUSTO. ¿Por qué entónces....
CARMELA. ¿Sostenia
amorosas relaciones?
Porque, entre varias razones,
yo creí que le queria.
JUSTO. O hay cariño verdadero
ó no le hay.
CARMELA. Claro está.
Pero ¿cree usted quizá
que yo sé ni aun lo que quiero?
Mire usted: yo vine al mundo
de riquezas rodeada
y me juzgué autorizada
á mostrar desdén profundo
por todo. Tuve á montones
los novios, malos y buenos,
y algunos—aunque los ménos—
de excelentes condiciones:
pues de todos me cansé
tarde ó temprano, y quizás
al que me queria más
fué á quien antes olvidé.
JUSTO. (¡Pobre hijo mio!) Lo creo.
CARMELA. Soy muy voluble—no es chanza—
donde muere una esperanza
brota para mí un deseo.
No lo puedo remediar;
y por deduccion forzosa,
cuando consigo una cosa
la comienzo á despreciar.
JUSTO. ¡Vamos!...
CARMELA. ¡Pts! ¿Qué quiere usté?...
Desde el dia en que nací,
realizado al punto ví
aquello que ambicioné,
y ante mi gusto, don Justo,
todo el mundo se inclinó;
y ¡ay de aquel que me irritó
y no quiso hacer mi gusto!
JUSTO. ¡Hola!...

CARMELA. ¡Soy muy irascible!
JUSTO. ¿Sí, eh?
CARMELA. Mucho; ¡y muy nerviosa!...
por la más pequeña cosa
me exaspero y me...
JUSTO. ¡Es posible!
CARMELA. Y no soy mala, no á fé.
JUSTO. No, hija, no: ¡qué desvarío!
CARMELA. Hay veces que lloro y rio
sin que yo sepa por qué.
Pues lo que á otros alegrías
á mí pesares me cuesta.
JUSTO. (Pero ¿qué mujer es esta?)
CARMELA. Y aunque hago mil tonterías,
despues, con estrecha manga,
juzgo aquello que antes hice.
Pero bien: ¿usted qué dice?
JUSTO. Hija, ¡que es usté una ganga!
CARMELA. ¿Por qué vivo yo en un ¡ay!
y siempre intranquila estoy?
¿Por qué dichosa no soy
debiendo serlo?
JUSTO. ¡*Velay*!
CARMELA. ¿Por qué es mi suerte contraria?
JUSTO. ¿Quiere usted saber por qué?
Porque no le han dado á usté
una azotina diaria.
CARMELA. ¿Eh? ¡La receta es graciosa!
JUSTO. Si fuera usted hija mia,
de fijo que hoy no sería
tan voluble y tan nerviosa!
CARMELA. ¡Don Justo!... (Como ofendida y levantándose.)
JUSTO. (Aunque te me enfades,
lo que siento he he decir.
Verdades quiso usté oir
y estoy diciendo verdades.
CARMELA. ¡Es que eso es ya por demás,
y al más humilde le carga!
JUSTO. ¡La verdad, cuando es amarga!
Pero bien, no hablemos más.

ESCENA IX.

Dichos: D. PIO y FLORO: despues JUANA

PIO. ¡Pum!
CARMELA. ¡Jesús!
PIO. ¡Já! ¡já! Soy yo!
FLORO. Nosotros: ¡no hay que asustarse!
JUSTO. ¡Buen modo de presentarse!
PIO. ¡Já! ¡já!...
JUSTO. Se te figuró
que éramos dos liebres ¿eh?
PIO. Como entre matas os ví...
JUSTO. Muy pronto habeis vuelto.
PIO. Sí;
pero chico, te diré;
se nos dió tan mal la caza...
FLORO. Pero muy mal.
(Como condoliéndose por el golpe recibido.)
JUSTO. Lo deploro.
FFORO. (¡Cuidado si es linda!)
CARMELA. ¿Y Floro?...
¡Qué tal! ¿se da buena traza?
PIO. Ha cazado, aunque novel,
dos liebres.
(Dirigiendo miradas significativas á Floro.)
CARMELA. ¿Sí?
FLORO. Por mi mal.
CARMELA. ¿Las trae usté en el morral?
FLORO. No, señora.
JUSTO. Las trae él.
CARMELA. ¿Y mis perdigones?
PIO. ¡Pido.
indulgencia!...
CARMELA. ¿Tampoco hoy?
¡Qué desgraciada que soy!
PIO. *Leal* la culpa ha tenido.
Desde mi *tollo* en acecho
—mientras el macho cantaba—

vi una perdiz que avanzaba
por la linde de un barbecho,
y entre los pardos terrones
saltaba, henchida y contenta,
seguida de turbulenta
bandada de perdigones.
Sobre ella iba á disparar,
cuando el perro condenado,
que á mis piés estaba echado,
con furia empezó á ladrar,
y por el *tollo* asomó
cual diciendo á la perdiz:
«¿A dónde vas, infeliz?...
¡Huye, que mueres si nó!»

JUSTO. ¡Bravo!

PIO. ¿A su defensa sales?

JUSTO. ¿Que si defiendo á *Leal*?
¡Aprende de ese animal
á proteger animales!

PIO. ¿Sí? Pues aquella perrada
pudo costarle el pellejo:
¡si no escapa, le protejo
con una perdigonada!

JUSTO. ¡Qué bien sigues el camino
de la proteccion!...

PIO. ¡Canario!

FLORO. ¡Eso es antihumanitario!

JUSTO. No, señor: ¡anticanino!

PIO. Ya que un defensor encuentra
en tí, te le voy á dar.

JUSTO. Bien.

PIO. No hace más que ladrar
á todo el que sale y entra!
Pero yo aún estoy cargado...
¡Juana!...

JUANA. (Que sale y se sorprende al ver á D. Pio.)
¡Dios mio!... ¡El señor!...
(Han formado grupo aparte Cármen y Floro.)

FLORO. ¡Cómo ser buen cazador
quien se encuentra ya cazado!

PIO. Toma. (A Juana, dándola los arreos de caza.)
JUANA. (No hago la señal
acuéstese ó no se acueste.)
JUSTO. (¿Qué número será éste?)
(Viendo el grupo que forman Cármen y Floro.)
FLORO. Yo soy hombre muy formal... (A Cármen.)
PIO. Que tiene carga y no poca. (Al dar á J.ª la escopeta.)
JUANA. (Yo con callarme despacho.)
PIO. Y cuidado con el macho, (Al entregárselo á Juana.)
porque tú eres una loca.
Oye: que cena conmigo
don Floro.
FLORO. No tengo gana,
lo agradezco.
PIO. Nada, Juana,
vete y haz lo que te digo. (Váse Juana.)
FLORO. Si es empeño,..
PIO. ¿Para qué
ha venido usté hasta aquí?
FLORO. Por acompañarle.
PIO. Sí,
mas no obstante...
FLORO. Cenaré.
CARMELA. Quizá el deber le reclama...
á otra parte...
FLORO. Nó; la juro...
(¡Me idolatra de seguro!)
JUSTO. (A D. Pio y con mucha ironía.)
¡Que le pongan una cama
tambien!...
PIO. No se me ha ocurrido;
pero ya verás qué pronto...
JUSTO. ¡Hombre, por Dios! (Este es tonto
ó está ya loco perdido!)
Mira. (Señalando el grupo de Carmela y Floro.)
PIO. ¿Qué?
JUSTO. ¡Pero, Señor...
que estas cosas no te alarmen!...
¿No has comprendido que á Cármen
le hace ese mono el amor?

PIO. Francamente, no creí
que tal pasion abrigára;
mas si él en eso pensára
me lo hubiera dicho á mí.

JUSTO. ¡Ea! ¡Eres inaguantable,
y de entendernos no hay modo!

PIO. ¡Qué diantre! Despues de todo,
no es un chico despreciable.
Si Cármen le ama, transijo
y les caso, y buen provecho.

JUSTO. ¡Bien hecho! (Con mucha ironía.)

PIO ¡Vaya!

JUSTO ¡Bien hecho!

(Vendiéndose por un momento y sin poder ocultar su indignacion.)

¡Y que se muera mi hijo!...

PIO. ¿Eh?... ¿Tu hijo?

JUSTO. Nó... decia...

PIO. ¿Oyes, Carmela?... ¡Já! ¡já!

JUSTO. ¡Calla!

CARMELA. ¿Qué es ello, papá?

PIO. Pues...

JUSTO. ¡Nada, una tontería!

PIO. El hijo de Justo...

CARMELA. ¡Qué!
¿Tiene un hijo?

PIO. ¡Comandante!...

CARMELA. ¡Y yo que estaba ignorante!...

FLORO. A ver, explíquese usté.

JUSTO. (¡Mal haya mi indiscrecion!)

PIO. Pues, su hijo...

CARMELA. ¡Vamos, dí!...

PIO. Está prendado de tí.

JUSTO. ¡Dale!... ¡Que es una invencion!

CARMELA. ¿Quién será? ¡En dudas me pierdo!
¡Ah! ¿Será el cadete aquel?
(Aún no me ha olvido él
y yo casi le recuerdo...)
¿Se muestra usted ofendido
porque en mí se haya fijado?

JUSTO. No tal!... ¡Mas como es casado,
y además muy buen marido!
FLORO. (¡Valiente cursi!)
PIO. ¡Pues tú
no me dijiste ayer eso!
JUSTO. Pues mentí, te lo confieso.
PIO. ¡No cuela!
JUSTO. ¡Por Belcebú!...
¿quieres callarte?
CARMELA. ¡Ay, papá,
no insistas más!
PIO. Bien, no insisto.
JUSTO. ¡Si él á Carmela no ha visto
en su vida!...
CARMELA. ¡Basta ya!
JUSTO. ¡Por tí... (A D. Pio.)
PIO. ¡Sabe más que Lepe!
CARMELA. (Por qué niega y me ocultaba?..)
PIO. ¡Ay, que ya no me acordaba!....
Voy á ver si duerme Pepe.
¿Vienes?...¡Le he hecho construir (A Justo)
un pabellon más bonito....
Anda.
FLORO. (¡Mucho ojo, Florito!)
PIO. Que te vas á divertir
FLORO. (Nada... no dudo: ¡hoy me atrevo!)
PIO. Le hago que fume y se quema, (A D. Justo.)
y hace unos gestos...
JUSTO. ¡Qué tema!
¡Vete tú... ¡yo no me muevo
de aquí!...
PIO. Bien, yo solo iré.
¡No te subas ya de tono! (Váse.)

ESCENA X.

CARMELA, D. JUSTO y FLORO.

FLORO. ¿No va usted á ver el mono?
JUSTO. No: me quedo con usté.

(Dejar á este majadero
con ella á solas aquí...
¿Mas qué me importa? ¡Oh! yo sí
que no sé ni aun lo que quiero.)

CARMELA, (¡Si creerá este señor
—pues de tal modo se exalta—
que anhelo ni me hace falta
que su hijo me haga el amor!...
Yo, que acostumbrada vivo
á que de todo me sobre...
sin salir de aquí; este pobre
—cuyas protestas esquivo—
se pondrá á mis piés de hinojos
con simular que me ablando.
Ya que nos está observando
serán testigos sus ojos.)
Floro, ¿no toma usté asiento?

FLORO. Noté que usted meditaba
y no he querido...

CARMELA. Pensaba...

FLORO. ¿En qué?

CARMELA. En un pensamiento.

FLORO. ¡Oh! Si tan dichoso fuese
que el pensamiento en cuestion
fuera aquel que en el balcon...

CARMELA. Precisamente era en ese.

FLORO. ¿En ese?

CARMELA. Sí.

FLORO. (¡Cielo santo!
¡Lo dudo y lo estoy oyendo!)

JUSTO. (¡Qué papel estoy haciendo!
¡Mas lo que es yo no lo aguanto!)

FLORO. Luego... ¡Ay Dios!

CARMELA. (¡Atrévete!)

FLORO. Luego... ¡Oh dicha encantadora!
Luego...

CARMELA. Luégo, nó... ¡ahora!

FLORO. Bien, ahora. ¿Me ama usté?

JUSTO. (¡La muchacha es una viña!)

FLORO. ¡Que me mata la impaciencia!

CARMELA. Yo...
JUSTO. (¡Lo que es en mi presencia
no coquetea esta niña!)
CARMELA. ¡Floro!...
FLORO. ¡Pronuncie usté un *sí*
con esos sus lábios rojos
y permita que de hinojos!...
JUSTO. Señores, ¡que estoy yo aquí!
CARMELA. ¡Ay! ¡Perdon!
FLORO. ¡Dispense usté!
Pero, hijo, el amor es ciego...
JUSTO. (¡No sé como no le pego
á este necio un puntapié!)
¿Así paga usté el tributo
á la amistad?
FLORO. Me fascina,
y yo...
JUSTO. Fiel á su doctrina,
pronto halló usté un sustituto
al novio que ayer cesó.
CARMELA. Me quieren y... ¿qué he de hacer
ya que no he podido ser
esposa de su hijo...
JUSTO. ¡Oh!

ESCENA XI.

Dichos y D. PIO.

PIO. ¡No he visto un mono más pillo!
¡A mí se me cae la baba
con él!... Ahora se quedaba
fumándose un cigarrillo
de Astrea: ¡es más zalamero!...
FLORO. ¡Ya lo creo! ¡Una delicia!
PIO. ¡Ah! ¿Sabe usted la noticia
que me ha dado el jardinero?
FLORO. ¡La ignoro!
PIO. ¡Me ha hecho feliz!
Pues que al vecino de al lado,

segun dijo su criado,
se le ha ido la codorniz.

FLORO. ¿De veras? ¡Me alegro!

PIO. Y yo:
así no presumirá.

FLORO. Anda, que la busque ya.

PIO. Dicen que hácia aquí voló.
Pero, hombre, ¿qué te sucede? (A Justo.)
Tú tienes algo, de fijo.

CARMELA. Está pensando en su hijo.
¿No es verdad, don Justo?

JUSTO. ¡Puede!

(Juana aparece en la puerta del hotel.)

JUANA. ¡La cena!

PIO. Pues al instante.
¿Os quedais?

CARMELA. Yo sí, otro rato.

JUSTO. (Disponiéndose á seguir á D. Pio y Floro.)
Yo nó.

FLORO. (Lo dicho: ¡aquí hay gato!)

CARMELA. (Sentada en una mecedora.)
¡Jesús! ¡Qué poco galante
es usted, señor D. Justo!
¿Tan sola me deja aquí?

(Han desaparecido D. Pio y Floro. D. Justo dice los primeros versos desde la entrada al hotel, y se va aproximando conforme marca el diálogo.)

ESCENA XII.

CARMELA y D. JUSTO. Despues NORA y D. PIO.

JUSTO. ¿Tiene usted miedo?

CARMELA. De mí
más que de nadie me asusto.

JUSTO. ¿Qué extraño—si eso es verdad—
que yo su presencia esquive?

CARMELA. Es que si bien se concibe
y hablamos con lealtad,
hay notable diferencia;

que, cual ántes le he indicado,
yo misma tras el pecado
me impongo la penitencia;
y pues yo purgo el delito
y á nadie causo dolor,
yo sí... me inspiro temor,
pero á los demás... maldito.

JUSTO. (Me rio yo de *Merlin*
oyendo á esta picotera...
Pero, nada, no hay manera...)

CARMELA. ¿Me abandona usted al fin?

JUSTO. He de escribir á la Habana,
y mañana...

CARMELA. Tiempo habrá.
¡Quién sabe lo que podrá
suceder de aquí á mañana!

JUSTO. (No quiero oirla y la escucho.)

CARMELA. Vamos, ¡al cabo triunfé!...
¡Si me he empeñado en que usté
me quiera mucho!

JUSTO. ¿Sí?

CARMELA. ¡Mucho!

JUSTO. ¿Por qué ese afan de alcanzar
mi cariño? ¿Es algun trono?

CARMELA. Porque yo siempre ambiciono
lo que no me quieren dar.

JUSTO. (Este diablo de chiquilla
es buena ó mala por horas.)

CARMELA. ¿Habiendo dos mecedoras
prefiere usted una silla?
(Haciéndole sentar en la mecedora que habrá inmediata á la que ella ocupa.)
Aquí: y en suave vaiven,
meciéndonos á la par,
podemos los dos soñar...

JUSTO. No, hija mia, me hallo bien
despierto; y no estando á solas
seria á usté ofensa grave.
(Pausa. Ambos se mecen en su respectiva butaca.)

CARMELA. Parecemos frágil nave

columpiada por las olas.

JUSTO. Cierto.

CARMELA. En busca de emociones,
crucemos entre bonanzas
el mar de las esperanzas...

JUSTO. Que es el de las ilusiones.

CARMELA. Y siempre al dolor extraños,
hallaremos tiernas glorias
en el mar de las memorias.....

JUSTO. Que es el de los desengaños.

CARMELA. No obstruya usté mi carrera,
y empecemos á bogar;
es decir, á recordar.....

JUSTO. Recuerde usted cuanto quiera.

CARMELA. Cuatro años han transcurrido
—esto era el setenta y siete—
desde que un jóven cadete,
tan formal cual distinguido,
de amores me requirió;
y yo acepté sus amores.....
como aceptára esas flores
que usted me ofreciera.

JUSTO. ¡Oh!

CARMELA. Niña al par que veleidosa,
ni su amor supe apreciar,
ni nunca llegué á pensar
que pudiera ser su esposa.
Y el tiempo pasando fué,
hasta que al fin se enteró
papá, y al jóven habló
diciéndole no se qué.
Lo cierto es que al otro dia
yo un billete recibí,
que, aunque el caso es raro en mí,
recuerdo que así decia:
«Por pobre me han despreciado,
y á tu amor me sacrifico:
si logro fama y soy rico,
volaré amante á tu lado.
Ten en mi cariño fé

y espera ¡Carmela mia!»

JUSTO. ¿Conque todo eso decia?
Y á mí ¿qué me cuenta usté?

CARMELA. Es que, segun yo colijo,
su hijo.....

JUSTO. ¡Es error profundo!
¿No ha habido acaso en el mundo
más cadetes que mi hijo?

CARMELA. ¡Por Dios!....

JUSTO. Y despues de todo,
aunque él sea aquel cadete
que el año setenta y siete
amaba á usted de tal modo,
¿cómo puede usted pensar
que tras de tan larga ausencia
aún dure aquella vehemencia?
Por sí puede usted juzgar,
aunque usted nunca ha querido.
Lejos, ausente el amor,
¿no es cierto que es de rigor
é ineludible el olvido?

CARMELA. Cuando nos da ejemplo el hombre.

JUSTO. Pues German...

CARMELA. ¡German!... No entiendo...
¿Se llama?

JUSTO. ¿Lo está usted viendo?
Ha olvidado usté hasta el nombre.
(Con cierta indignacion.)

CARMELA. He tenido tantos.....

JUSTO. ¡Sí!....

CARMELA. ¡Yo soy franca!....

JUSTO. Ya lo sé.

CARMELA. ¡Ay, hijo!.... ¿qué quiere usté?....
si yo..... vamos..... ¡soy así!

JUSTO. Me tiene ya sin cuidado
que sea usté *así* ó *asá*,
porque, francamente, ya.....
(Pausa.—Continúa meciéndose.)

CARMELA. ¡Vamos!.... ¿á que no es casado?
(Con cierta gracia picaresca.)

JUSTO. ¡Eh!
CARMELA. No mienta usted, don Justo.
JUSTO. ¿Porque á usted no le conviene?
Pues lo es; ¡y además tiene
un muchacho muy robusto!
CARMELA. ¡Dále! (Mortificada por lo que oye á D. Justo.)
JUSTO. Que es un don del cielo,
un encanto, un serafin;
rollizo, fresco, y..... en fin,
un retrato de su abuelo.
CARMELA. Y ella será más *negrucha*.....
y más.....
JUSTO. No tal: ¡cosa buena! ...
Su esposa es una morena
con mucha gracia.
CARMELA. ¿Sí?
JUSTO. Mucha.
De ojos negros, brillantes,
que en German se miran.....
CARMELA. ¡Ya!
JUSTO. ¿Piensa usted que por allá
abundan los comandantes?
Y un comandante español,
jóven, apuesto y valiente,
si se le pone en la frente
esclaviza al mismo sol.
CARMELA. Alguna que no es ni estrella
lucharia con tan bravo
don Juan, y quizá el esclavo
fuera entonces él.....
JUSTO. O ella.
CARMELA. Bien se ve, pues sin recelos
se expresa en esta ocasion,
que habla en usted la pasion
horrorosa de los celos.
JUSTO. ¿Yo celos?
CARMELA. ¡Vaya!
JUSTO. ¿Y por qué?....
¿ó de quién?.... ¡qué tontería!....
CARMELA. Los que su hijo tendría

se reflejan en usté.
Y si á luchar me resuelvo.....

JUSTO. Será inútil.

CARMELA. (¿Te acaloras?....)
(Con mucha intencion.)
Mire usté á las mecedoras:
cuando usted viene, yo vuelvo.
(Meciéndose en direccion contraria.)

JUSTO. Bien; pues usted lo verá.
(Siento haberla provocado.)
(Aparece en una de las habitaciones D. Pio, y dice)

PIO. ¿Es casado, ó no es casado? (A D. Justo.)

JUSTO. ¡Es un demonio! (Muy incomodado.)

PIO. ¡Ja! ¡Ja!
(Se ponen á hablar reservadamente D. Justo y Carmela D. Pio en la habitacion de su señora.)
Pero ¿no pensais venir (Dirigiéndose á los dos.)
á acostaros? ¡Qué capricho!

CARMELA. ¿Conque lo dicho? (A D. Justo confidencialmente.)

JUSTO. Lo dicho
es que yo me pienso ir
muy pronto. Ya he terminado
mis cosas.

CARMELA. ¡No se irá usté
tan pronto!...

JUSTO. ¿Que no? ¿Por qué?

CARMELA. Porque yo quiero á mi lado
quien mis defectos corrija.

PIO. ¡Hola! (A su mujer desde la habitacion.)

NORA. Quita: no me muevas!

PIO. ¿Qué haces?

NORA. Corrigiendo pruebas.

JUSTO. (Con gran admiracion y aparte.)
(¡Y no corrige á su hija!)

NORA. ¡Jesús! ¡Qué ignorantes!

PIO. ¡Eh!...
¿Qué es eso que te alborota?

NORA. Que me han puesto hijo con *jota*
y yo lo he escrito con *ge*!....

JUSTO. (A Carmela confidencialmente.)

Pero usté ha perdido el seso
ó piensa usted que yo ignoro
que el de ayer y el mismo Floro...

CARMELA. ¿Quién hace caso de eso?
¡No le dé á usted pesadumbre!

JUSTO. ¡No tal!

CARMELA. Voy á retirarme:
porque yo antes de acostarme
tengo la mala costumbre
de leer un rato. Adios.
Y no escriba usté á la Habana
esta noche, que mañana
ya escribiremos los dos. (Váse.)

ESCENA XIII.

D. JUSTO. NORA en su despacho escribiendo y PIO á su lado, como quitándola los papeles.

PIO. Mira, no trabajes más:
Acuéstate, que ya es hora.

NORA. ¡Falta poco!

PIO. No, señora,
porque esto ya es por demás!
(Quitándola los papeles y cerrando cuando termina el verso las ventanas.)

ESCENA XIV.

CARMELA, JUSTO y FLORO.

JUSTO. Si aquí me estoy mucho tiempo,
es capaz esta chiquilla
de hacerme ver que es de noche
á la luz del medio dia.

CARMELA. Así, que esto se ventile.
(Abriendo la ventana de su habitacion.)

JUSTO. ¡Hola! ¡Qué jaula tan linda
tiene usted!

CARMELA. (Con un libro en la mano.)

Pero al fin jaula,
en la que vivo cautiva!

(Se retira al fondo y se pone á leer.—Aparece Floro seguido de D. Pio que sale á despedirle por la puerta del hotel.)

FLORO. Nó, no salga usted don Pio:
si yo sé bien la salida!

PIO. ¡Pues adios, querido Floro! (Retirándose.)

FLORO. ¡Afectos á Carmencita!

JUSTO. ¡Calle! voy á divertirme (Viendo á Floro.)
un rato con este *quidam*,
y hago un favor á Carmela
de paso. ¿Ya se retira
usted? (Dirigiéndose á Floro.)

FLORO. Si usted no me manda
otra cosa...

JUSTO. Hombre, queria...
¿Fuma usted?...

FLORO. Si no es más que eso
lo que usted quiere, enseguida.
(Dándole un cigarrillo á D. Justo.)

JUSTO. Pues bien, yo he visto á usted antes...
¿Me da usted una cerilla?

FLORO. (¡Qué gorrones son algunos!) (Dándole la cerilla.)

JUSTO. Es el caso que esa niña...

FLORO. ¿Qué niña?

JUSTO. ¡Cármen!..

FLORO. ¡Ah! ¡Vamos!...

JUSTO. A cuyo amor usté aspira,
segun juzgar he podido
al verle antes de rodillas...

FLORO. ¡Porque la adoro! Adelante.

JUSTO. Se encuentra comprometida
hace ya tiempo.

FLORO. No es cierto.
Mentira.

JUSTO. ¿Cómo?

FLORO. ¡Mentira!

JUSTO. Hombre sea usted más culto.

FLORO. Es que yo...

JUSTO. Como decia,
Cármen no se pertenece.
FLORO. Permita usted que le diga
que me pertenece á mí
por derecho de conquista.
Yo he desbancado á un rival
á quien dió la cesantía
ayer...
JUSTO. Y usted ni siquiera
llegará, por su desdicha,
á temporero.
FLORO. ¡Ja! ¡ja!
¡Vaya! (Con cierta petulancia.)
JUSTO. ¿Eh? ¿Qué significa?...
FLORO. Ya he tomado posesion.
JUSTO. ¡Pillin!..
FLORO. ¿Usted qué creia?..
Pero bien, ¿quién es el hombre
que á Cármen el sueño quita?
¿Qué apostamos que es usted?
JUSTO. Yo mismo, sí.
FLORO. ¡Usted delira!
JUSTO. ¿Por qué? ¡Porque soy un viejo!
Pues aún se me encandilan
los ojos viendo otros ojos
de esos que el alma electrizan.
¿Cree usted que aquí no hay fuego
(Señalándose el corazon.)
porque ve usté esta ceniza? (Idem la cabeza.)
FLORO. Es imposible que Cármen...
JUSTO. Que le dejo á usted *per istam.*
FLORO. Bien: mañana lo veremos.
JUSTO. Son azares de la vida.
Vaya usted pensando en otra,
porque esta ya es cosa mia. (Vase Floro.)
¡Qué mosca lleva el pobrete!
Al fin protector de lilas.

ESCENA XV.

D. JUSTO, D PIO, JUANA en la habitacion de CARMELA, que se ha quedado dormida.

PIO. Oye: ¿piensas pernoctar
en el jardin? (A Justo.)
JUSTO. Ya me iba.
PIO. Bueno; pues vamos á dentro.
JUSTO. ¿Te estorbo acaso. ¡Qué prisa!
PIO. ¡Hombre, por Dios! ¡Vamos, vamos!
(Haciéndole entrar *a forciori.*)
(Tengo aquí una idea fija.)
Apagaremos las bombas
y cerraré.
(Aparece Juana en la habitacion de Carmela.)
JUANA. ¡Señorita!...
despierte usted! Se ha dormido,
y se va á quedar más fria...
¿Por qué no se va á la cama?
Usté es una sensitiva
y...
CARMELA. Déjame. (Soñolienta.)
JUANA. (¿Quién la mueve?)
¿Cierro aquí? (A Carmela señalando la ventana.)
CARMELA. Nó, nó.
JUANA. (Pues hija,
que con tu pan te lo comas:
yo me voy á mi camita.) (Cierra y vase.)

ESCENA XVI.

D. PIO, solo. Los otros personajes cuando lo marque el diálogo. Sale sigilosamente recatándose de todo, con un reclamo de codorniz y una red.

PIO. Dicen que hácia aquí voló,
y si en el jardin está,
mia esta noche será
la codorníz, ¡no que nó!

A tales horas habría
quien de loco me tachara;
pero la noche es muy clara
y yo no espero hasta el dia;
porque pudiera su amo
verme, y era hombre perdido.
Además, ahora no hay ruido
y mejor se oye el reclamo.
Ea, pues, sobre estas matas
tenderé la red. Así.

(A la izquierda, tendiéndola. Principia á tocar el reclamo.)

¿Eh?... ¿qué ruido?... ¡Ah! nó: creí
que era ella, y son las gatas
que juegan. (Toca nuevamente, y despues de escuchar dice,)
Me he colocado
contra el viento, y claro está:
aunque quiera no oirá.
Voy á ponerme á este lado.

(Tendiendo la red á la derecha y ocultándose entre unas matas. Toca nuevamente el reclamo.)

¿Eh? Si soy lo más experto... (Se oye el canto de la codorniz.)
Creo que ya contestó.
¡Ya viene!... ¡ya viene!...

(Aparece Alberto rasando el ángulo de la pared mirando con recelo á todos lados.)

ALBERTO. ¡Oh!...
¡Nadie!

(Empuja las vidrieras del cuarto de Carmela. Abrense éstas y se ve á Carmela dormida.)

¡Y el balcon abierto!
¡Animo! A sus brazos corro.

(En este momento se oyen los ladridos de un perro que se supone hace presa en Alberto. Este se retira huyendo del perro que le va persiguiendo hasta que se extinguen los ladridos. D. Pio, asustado por el ruido, huye por la derecha dando voces. Nora y Carmela aparecen en las ventanas de sus respectivos cuartos. Nora con una vela en la mano. Oyese un tiro lejano, y á poco sale Justo por la puerta del hotel con una escopeta en la mano. Ve al perro, y llamándole y acariciándole, coje el pedazo del faldon que llevará en la boca.—Léase la nota que va al final de la obra.)

ALBERTO. ¡Chucho! ¡Chucho!
PIO. ¿Eh? ¿quién va?
¡Anselmo! ¡Justo!
CARMELA ¡Papá!
NORA. Pio. (Suena el tiro.)
CARMELA. ¿Qué es esto?
NORA. ¡Socorro!
CARMELA. ¡Mamá!
JUSTO. ¡No hay miedo; ya lleva
el ladron su merecido!
CARMELA. Pero ¿quién?
NORA. ¿Y mi marido?
JUSTO. ¡Toma! ¡La prueba!... ¡La prueba! (Al perro)
NORA. ¡Pio!
PIO. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Ladrones!
NORA. ¡Jesús!
CARMELA. ¿Qué es eso, papá?
PIO. Nada, hija mia, que ya
he cazado perdigones.

(Cuadro y telon rápido)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

D. JUSTO y JUANA.

JUSTO. Vas á decir la verdad,
porque á mí no me la pegas.
JUANA. Pero...
JUSTO. Desde que te ví
tomando café con media
tostada...
JUANA. ¡Vaya una cosa!
Eso lo toma cualquiera.
JUSTO. Café solo, mucha gente;
con tostada, vulgo *suela*,
lo toman viudas, cesantes,
busca-vidas y doncellas
de servir, que más que á su amo
sirven á la Orden tercera.
Con que no andes con rodeos
y á mis preguntas contesta.
¿Quién es el que vino anoche?
JUANA. Un ladron.
JUSTO. Sí que lo era;
pero no vino buscando
el oro.

JUANA. (¿Cómo sospecha?...)
JUSTO. Es decir, buscaba oro,
mas no por ese sistema.
JUANA. Como este hotel que habitamos
se halla casi en las afueras
de Madrid y está tan solo...
¿qué extraño es que se atreviera?...
Además, como que el amo
se marchó de caza...
JUSTO. ¡Ah, pécora!...
¿Y cómo sabia eso
el ladron?
JUANA. Ellos se enteran...
JUSTO. ¡La cara te vende!... (Mirando fijamente á Juana.)
JUANA. ¡Yo!...
JUSTO. ¡Tú eres cómplice! ¡Confiesa!
JUANA. ¡Ay Dios mio de mi alma!
¿Es posible que usted crea?...
JUSTO. ¡Di la verdad!
JUANA. (Despues de dudar un momento.)
La verdad
es que yo no hice la seña.
JUSTO. ¡Cuando digo!... ¿Y quién es él?
JUANA. Don Alberto.
JUSTO. ¡Ah, buena pieza!
¿Ese á quien el otro dia
dió calabazas Carmela?
JUANA. El mismo. ¿Usted le conoce?
JUSTO. Le ví; pero ahora me pesa
no haberme fijado bien.
JUANA. Pues él á usted le recuerda.
JUSTO. ¿Por qué?
JUANA. Cuando fuí á su casa
antes, con la órden expresa
de que me diera las cartas
de mi señorita...
JUSTO. Cuenta.
JUANA. Me preguntó si aún estaba
usté en Madrid.
JUSTO. (Lance fuera

que este Alberto fuese el mismo...)
¿Dónde vive?

JUANA. Aquí, muy cerca.

JUSTO. ¿Y te dió las cartas?

JUANA. Nó.

JUSTO. Bueno: pues yo iré por ellas.

JUANA. Hace una ciertos papeles...
Yo le ayudaba en su empresa,
porque...

JUSTO. Concluye: ¿por qué?

JUANA. ¡Ay! pero que no se sepa.
Porque me enseñó una carta
de mi señorita, en que ella
le citaba para anoche.

JUSTO. ¡Imposible!

JUANA. Ví su letra.

JUSTO. (Eso sería ya el colmo...)

JUANA. No le cause á usté extrañeza..
La señorita es así...
vamos, así, muy... ¡veleta!...

JUSTO. ¡Hable usted con más respeto!...

JUANA. ¿Pues trato yo de ofenderla?...

JUSTO. ¿Qué hace tu amo?

JUANA. Curándose.

JUSTO. ¿Y tu señora?

JUANA. En la imprenta.
Como están tirando el libro...

JUSTO. Eso es lo que hacer debieran;
tirarle. ¿Y tu señorita?

JUANA. La pobre ha pasado en vela
toda la noche, y ahora
creo que no esté despierta.
¿Se le ofrece á usté algo más?

JUSTO. ¡Nada!

JUANA. Pues con su licencia... (Hace medio mútis.)
¡Ah!

JUSTO. ¿Qué te ocurre?

JUANA. Que conste,
y perdone si soy terca,
que yo no hice la señal.

JUSTO. Pero ¿qué señal es esa?
JUANA. ¡Toma! La que convinimos
don Alberto y yo.
JUSTO. Y ¿cuál era?
JUANA. Cuando todos en la casa
tranquilamente durmieran,
hacer sonar yo un reclamo
de codorníz.
JUSTO. ¡Gran idea!
JUANA. Pues fué mia.
JUSTO. Ya sé que eres
en estos lances maestra.
JUANA. Pero lo que no me explico:
¿cómo tuvo la torpeza
de venir sin yo avisarle?
JUSTO. Pues... (¡Ah, qué coincidencia!
Por cazar la codorníz
del vecino, ese... babieca...)
JUANA. ¿Quién tocaria el reclamo?
JUSTO. El demonio. (Muy incomodado.)
JUANA. Tal vez fuera
ese señor, porque hay cosas
que el mismo demonio enreda. (Vase.)

ESCENA II.

D. JUSTO y PIO: despues JUANA.

JUSTO. ¡Sí que hay cosas en el mundo
que uno no cree á no verlas!
PIO. ¡Verdugo!... Hé aquí tu obra. (Quejándose.)
¡Mírame!
JUSTO. ¿Cómo te encuentras?
PIO. Hombre, ¿cómo he de encontrarme?
Sin poder mover las piernas.
¡Si me has hecho una descarga
cerrada!
JUSTO. Chico, dispensa;
yo ví un bulto que iba huyendo,
y entre voces y entre gresca

oí: ¡ladrones! ¡ladrones!
y sin andarme en pamemas
disparé.

PIO. Haber preguntado
antes...

JUSTO. ¡No digas simplezas!
¿En caso tal, quién se pára?

PIO. ¡Mal haya mi suerte negra!
Esto no le pasa á nadie
más que á mí.

JUSTO. Sí, quizá tengas
razon.

PIO. ¡Venir un amigo
desde muy lejanas tierras
con el exclusivo objeto
de pegarme un tiro!

JUSTO. ¡Aprieta!
¡Repito que me perdones!

PIO. Con mayor gusto lo hiciera
si al verdadero ladron
le hubieses muerto.

JUSTO. ¿Tú piensas...
que era un ladron?

PIO. ¡Ya lo creo!

JUSTO. Pues yo, como tengo pruebas
de que el sugeto en cuestion
quiso robarte una prenda
que no se compra con oro
ni se recobra al perderla...

PIO. ¿Qué estás diciendo?

JUSTO. Te digo
que el tal no es lo que sospechas.

PIO. ¿Y tienes pruebas de ello?

JUSTO. Fehacientes y concretas;
gracias á tu buen Leal,
que, constante centinela
y fiel *guardian de la casa*,
dió á tiempo la voz de alerta:
é hizo más, pues furioso
en el bandido hizo presa

y se trajo entre los dientes
este pedazo de tela.
(Dándole un pedazo de tela que sacará del bolsillo.)

PIO. ¿A ver?

JUSTO. Mírale despacio,
por si acaso te recuerda
el chaquet de algun amigo
de los que tu hotel frecuentan.

PIO. (Examinando dicho pedazo y como recordando.)
¡Estos cuadros... sí, no hay duda,
y estas rayas son idénticas!

JUANA. (Que trae una carta en la mano y se la da á D. Justo.)
Una carta para usted

JUSTO. Dame.

JUANA. Acaban de traerla. (Vase.)

JUSTO. De la Habana: ¡de mi hijo!...

PIO. ¿Está bueno?

JUSTO. A ver, espera. (Abriéndola.)
—Sí, sigue bien. (¡Eh! ¿qué dice?
«En breve veré á Carmela.»)

PIO. (Esto es del chaquet de Floro.)

JUSTO. (No querrá Dios que él la vea.
Si á mí, que ya soy un viejo,
me fascina y me embelesa
y me hace creer que es santa,
siendo un diablo en toda regla,
¿qué sería á mi German?
Nada; ya es cosa resuelta.)
Salgo hoy mismo para Cádiz.

PIO. ¿Has tenido malas nuevas?

JUSTO. Sí; la mujer de mi hijo
está gravemente enferma,
y ya ves...

PIO. Tú no te marchas
Hasta dejarme en completa
salud, segun me encontraste.

JUSTO. Si no puedo: el caso apremia.
Le pondré ahora un telegrama,
y...

PIO. Pero, hombre, ¡qué impaciencia!...

JUSTO. (De paso veré si Alberto
á mí las cartas me entrega.)
PIO. ¿Y no acabas de explicarme?... (Por el pedazo.)
¿Quiéres decirme qué prenda
vino á robarme ese hombre
á tal hora?
JUSTO. ¿No lo aciertas?
Pues ¿no tienes una hija?
(Váse izquierda, se encuentra con Floro: ambos se saludan.)
PIO. ¡Ah, infame! ¡Si le cogiera!... (Comprendiéndolo todo.)

ESCENA III.

PIO y FLORO.

FLORO. ¡Señor don Pío!..
PIO. (¡Aquí está!...)
FLORO. ¿Se ha descansado?
PIO. ¡Muy bien! (Irónico.)
FLORO. Lo celebro: yo tambien
he dormido mucho.
PIO. ¡Ya!
FLORO. ¡Usa usté un tono tan raro!...
¿Ocurre alguna desgracia?
PIO. ¡Nó! ¡Cá!... Si á mí me hace gracia
recibir cualquier disparo!
FLORO. ¿Cómo ¿Le han cazado á usté?
PIO. Casi.
FLORO. ¡Deje que me asombre!
PIO. Mas le juro, por mi nombre,
que muy pronto cazaré
al que cazarme ha intentado;
mejor dicho, ya le tengo
á tiro.
FLORO. ¿Sí? Pues yo vengo...
PIO. (¡A ser aquí escabechado!)
FLORO. (¡Qué diantre! estoy decidido
ya que la ocasion convida...
PIO. (En la lucha sostenida,
el perro le habrá mordido.

Veré dónde.)

FLORO. (El cielo haga
que antes la voz no me falte.
¿Don Pío?...

PIO. (He de hacer que salte
poniendo el dedo en la llaga.)
¡Hombre, qué lindo baston!... (Por el que trae Floro.)

FLORO. ¿Le gustá á usté?

PIO. Es muy bonito,
muy caprichoso...

FLORO. Un pollito
saliendo del cascaron.

PIO. Y es muy fuerte, aunque delgado.

FLORO. ¡Vaya!... ¡Caracoles!
(Al primer bastonazo que le da D. Pío. Este juego se repite las veces que marca el diálogo.)

PIO. ¿Eh?
¿Qué es eso, le duele á usté?

FLORO. No, señor... (Me ha señalado.)

PIO. Me he de comprar otro igual.
¡Qué ligero y qué flexible!

FLORO. ¡Caramba! (¡Es irresistible!)

PIO. ¿Le he hecho á usté daño?

FLORO. No tal.

PIO. Lo que es para el polvo...

FLORO. (¡Atiza!)

PIO. No se halla cosa mejor.
Mire usted.

FLORO. ¡Ay! (Pues señor,
me está dando una paliza.
Pondremos tierra por medio.)

PIO. (¿Saldria ileso en la lucha?)

FLORO. Decía que... (¡Ni aun me escucha:
está loco, no hay remedio!)
No me juzgue usté atrevido
si le hago una peticion.

PIO. (Examinando el pedazo de tela que le dió D. Justo.)
Sí: el pedazo es del faldon...
Ya sé dónde le ha mordido.)

FLORO. Don Pio, decia que...
PIO. (Ahora mismo lo veremos.)
Siéntese usted y hablaremos...
FLORO. Pero...
PIO. (Sentando á la fuerza á Floro.)
Que se siente usté.
FLORO. ¡Ay!
PIO. ¿Se resiente la herida?
FLORO. Si yo no tengo ninguna...
PIO. ¿Pues no tenia usted una,
efecto de la caida?
FLORO. No, señor.
PIO. Más vale así.
FLORO. Digo que mi alma cautiva,
pudorosa sensitiva
que crece dentro de mí,
sufre tormento cruel
y ser trasplantada anhela
al corazon de Carmela,
que es de gracias un vergel.
PIO. ¿Cómo?
FLORO. Lo que usted oyó.
Carmela mi pecho inflama.
PIO. ¿Y ella?...
FLORO. Creo que me ama;
y así me lo demostró
al darme, con tierno afán,
prenda que aquí guardaré.
PIO. Pero, hombre, ¿se atreve usté?...
FLORO. Como otros se atreverán.
Yo soy honrado, y le fio
que haré feliz á Carmela.
PIO. ¡Mire usted! (Mostrándole el pedazo de tela.)
FLORO. ¡Cómo! Esa tela
parece de un chaquet mio!
PIO. ¿Sí?
FLORO. Sí tal: ¡no me equivoco!
PIO. (¡Y lo confiesa el menguado!)
¡Traidorzuelo!
FOLRO. ¡Qué le ha dado!

(Nada: lo dicho; está loco.)

PIO. Salga usté al punto de aquí.

FLORO. (Pero, señor, ¿qué le pasa?)

PIO. No vuelva usted á esta casa
ó se ha de acordar de mí.

FLORO. Exijo una explicacion.

PIO. ¡*So títere*!..

FLORO. ¡Qué soez!..
¡Qué grosero!

PIO. ¡Y otra vez
cuide usted más del faldon!..
Esta es la prueba...

FLORO. ¡Estoy muerto!

PIO. ¡De su proceder aleve!

FLORO. ¡Ah! ya comprendo: aquí debe
andar la mano de Alberto.
Como yo de caza fuí...
y como que Alberto abusa
de mi carácter y usa
mis prendas...

PIO. Sí, eh?

FLORO. Pues sí.

PIO. No quiera usted disculparse.

FLORO. (Y era un chaquet nuevecito.)
Me marcho: mas le repito
que esto tiene que aclararse.

PIO. ¿Aún más?

FLORO. Yo soy inocente,
y así lo demostraré;
¡ya lo creo! volveré,
volveré pronto. (Váse.)

PIO. Corriente.

ESCENA IV.

DON PIO: despues CARMELA.

¡Haga usted lo que yo hago!
¡Fíese usted de estos chicos!..
Proteja usted á los micos

para encontrar este pago!

CARMELA. ¡Jesús!.. ¡qué voces, papá!..
¿Qué ocurre? ¡Me has dado un susto!..
¿Has reñido con don Justo
acaso?..

PIO. Nó: ven acá:
yo soy ducho en estas lides
y que le olvides reclamo.

CARMELA. (¿A German?) ¡Ay, si le amo!

PIO. Pues te digo que le olvides.

CARMELA. Es que...

PIO. ¡Qué amigo tan fiel!

CARMELA. ¡Mi amor por instantes crece!

PIO. ¡Ese hombre no te merece!

CARMELA. ¡Yo no le merezco á él!

PIO. Pero, hija, ¿has perdido el tino?
¿Sabes lo que hablas?

CARMELA. ¡Y tanto!

PIO. Con su carita de santo
resulta ahora un libertino.
Tú no sabes el ardid
de que queria valerse...
Anoche llegó á atreverse...

CARMELA. ¡Qué escucho! ¿Está ya en Madrid?

PIO. ¡Pues no hace tiempo!

CARMELA. Lo ignoro:
mejor dicho, lo ignoraba.

PIO. Y ahora de marcharse acaba
de aquí.

CARMELA. ¿German?

PIO. ¿German? ¡Floro!

CARMELA. ¿Quién habla de ese inocente?

PIO. Él, que há un instante me dijo...

CARMELA. Yo hablo de German.

PIO. ¿Del hijo
de Justo?

CARMELA. Pues. Justamente.

PIO. Pero, mujer, ¡si es casado!

CARMELA. Y dale... que no hay tal cosa.

PIO. Por más señas que su esposa

se encuentra en muy grave estado,
y Justo se quiere ir.

CARMELA. ¿Cómo? ¿que sé va?

PIO. En seguida.

CARMELA. ¡Por Dios, papá de mi vida,
tú no le dejes salir!
¡Díle que de mí no dude!...
¡que es de German mi alma entera!...

PIO. Pero, hija, aguarda siquiera
á que ese muchacho enviude.

CARMELA. ¿No he dicho que son engaños?

PIO. ¿Mas cuándo te ha visto él?

CARMELA. Si es el cadetillo aquel
que despreciaste hace años.

PIO. ¿Qué dices?

CARMELA. Lo que has oido.

PIO. ¡Pues me lucí por mi nombre!

CARMELA. ¡Hoy aquel niño es un hombre!

PIO. ¡Ya lo creo que ha crecido!
¡de cadete á comandante!
¿Y ahora tú quieres que yo
dé mis escusas? ¡Pues nó!

CARMELA. ¡Ay, papá!

PIO. ¡Eso es denigrante!
¡Digo! ¡Y que Justo sabrá
que yo desprecié á su hijo!...
¡Nada, nada: no transijo!...
Ahí tienes á tu mamá.

ESCENA V.

Dichos y Doña NORA, que trae en la mano un ejemplar de *El Bodegon*.

Llegas en buena ocasion:
tú, que tienes más talento...

NORA. ¡Realicé mi pensamiento!
¡Mira, mira! *El Bodegon*.
Ahora vengo de la imprenta.
¡Qué edicion más elegante!
Vereis cómo en el instante

se agota: hoy sale á la venta.

PIO. ¡Bien, sí: todo eso es verdad!...
De lo que se trata ahora...

NORA. ¿Qué me importa?

CARMELA. Sí, señora,
que es de mi felicidad.

NORA. ¿Cómo?

PIO. Cármen, por su gusto,
quiere tomar nuevo estado...

NORA. ¿Y quién es el agraciado?...

CARMELA. German.

PIO. El hijo de Justo:
¡un muchacho comandante,
muy guapo y muy distinguido!
¡De un presente muy lucido...
y un porvenir muy brillante!

NORA. Yo no aplaudo la eleccion;
pero en mis principios fija,
no puedo, aunque eres mi hija,
mandar en tu corazon.
Por lo tanto, te bendigo
si así dichosa has de ser.

PIO. Bueno; pero es menester
que tú le hables á mi amigo.

NORA. ¿Para qué? ¿Pues lleva á mal
esta union? ¿No le conviene?

CARMELA. Nó, no, señora; es que tiene
un génio muy especial.

NORA. Es algo grosero, sí;
mas yo no me mezclo en nada:
harto hago en estar callada,
juzgando indigno de tí
que, cubriéndote de oprobio,
tú, que eres tan altanera,
vayas, como una cualquiera,
á solicitar un novio.

PIO. Mira, eso es verdad; yo siento...

CARMELA. ¿Ya dudas?...

PIO. ¡Por vida de!...

CARMELA. Bueno: pues me encerraré

para siempre en un convento.
¿Ahora crees vergonzoso
hablar?

PIO. ¡Voto á Belcebú!

CARMELA. ¿Y te olvidas de que tú
menospreciaste orgulloso
al jóven cuya carrera
no podias apreciar,
dando con ello lugar
á que de mi lado huyera?
Mas no importa, sufriré...
Me matarán los dolores;
pero...

PIO. Cállate, no llores;
no llores, que le hablaré.

CARMELA. ¡Ay! ¿Sí?... ¿De verás? ¡Qué gusto!

NORA. Mal hecho... Yo callaria.

PIO. Uso de mi autonomía;
¿lo entiendes? ¡Vaya!...

CARMELA. ¡Ay! D. Justo...

NORA. Pues me marcho.

PIO. Quédate.

NORA. ¡Que nó!

PIO. Debes, en conciencia,
oir nuestra conferencia.

CARMELA. Yo desde allí la oiré. (Vase.)

ESCENA VI.

D. PIO, doña NORA y D. JUSTO.

JUSTO. (¡El era! ¡Qué absorto y frio
al mirarme se quedó,
y cómo se apresuró
á darme las cartas!...) ¡Pío!...
si algo tienes que mandar
á la Habana...

NORA. (Se quiere ir...)

PIO. ¡Hombre, basta de fingir!...

JUSTO. ¡Cómo!

PIO. ¡Qué te has de marchar!
JUSTO. ¿Ignoras que causas graves?...
PIO. Lo sé todo.
JUSTO. ¿Has descubierto
al de anoche?
PIO. Sí, por cierto;
pero sé más.
JUSTO. ¿Pues qué sabes?
PIO. Todo: pégame un cachete.
JUSTO. Pero, hombre...
PIO. ¡Pégamele!
Yo al muchacho desprecié
cuando era sólo cadete.
Yo fuí muy necio, muy loco
—confieso mi tontería—
pues al que tanto valía
le creí entónces muy poco.
Pero disculpa halle en tí
el ser padre, y que quisiera
que el que á mi Cármen se uniera
fuese un rey ó cosa así.
JUSTO. Eso en nadie es de extrañar.
PIO. Cierto.
JUSTO. Ni en pobres ni en ricos.
PIO. Pues casemos á los chicos,
y pelillos á la mar. (Movimiento de Justo.)
¡Nó, no me vengas ahora
con la mentira pasada!...
Carmela ya está enterada,
y te advierto que le adora.
JUSTO. Pues bien; ya que hablar es fuerza,
hablaré si así lo quieres;
pero—oye aparte—no esperes
que mi voluntad se tuerza.
PIO. ¿Por qué?
JUSTO. Carmela es honrada,
mas, aunque oirlo te aflija,
German no se une á tu hija...
porque está mal educada.
PIO. ¿Oyes, Nicanora?

NORA. ¿Eh?
PIO. Que no tiene educacion
Carmela.
NORA. ¡Qué decepcion!
¡Qué insulto!
JUSTO. Me explicaré,
y ustedes jueces serán,
y dirán—sin que se alarmen—
sí, aunque vale mucho Cármen,
la merece mi German.
Un dia... ya se han pasado
cuatro años, recuerdo bien,
pues de la suerte á un vaiven
yo me encontraba arruinado,
con la voz entrecortada
mi German saber me hizo
la esclavitud de su hechizo
por tu Carmela adorada.
«Somos muy pobres—le dije—
y aunque te mate el dolor,
renunciar á tal amor
hoy la dignidad te exige.
Pero si Cármen te ama,
si á tu cariño sincera
mantiene viva la hoguera
que tu ardiente pecho inflama,
puesta la esperanza en Dios
—libres de duelos profundos—
vámonos por esos mundos
á ganárnosla los dos.»
Y así fué: á Cuba nos fuimos,
y desde que allí llegamos,
no diré lo que inventamos
ni lo que los dos sufrimos;
pues fija en nuestra memoria
Cármen, hicimos proezas,
yo atesorando riquezas,
y él atesorando gloria.
Y todo esto, ¿para qué?
¿para qué tanto quebranto?

Para hallar el desencanto
que por mi desdicha hallé.
Irascible, caprichosa,
y tenaz y *archicoqueta*,
más que mujer es veleta
tu Carmela candorosa.
Y calumniarla no creo
al criticar tal mudanza:
«donde muere una esperanza
brota para ella un deseo:
no lo puede remediar,
pues por deduccion forzosa
cuando consigue una cosa
la comienza á despreciar.»
Y, en fin, tal pago dió al hombre
que á ella se ha sacrificado,
que por haber olvidado
ha olvidado hasta su nombre.
Ahora ustedes juzgarán
y digan—sin que se alarmen—
si aunque mucho vale Cármen
la merece mi German.

PIO. ¡Bueno! Tú tienes razon;
lo confieso, aunque me duela;
mas ¿prueba eso que Carmela
carezca de educacion?
Si es que Dios así la ha hecho,
y mil veces se lo he dicho:
¡si no ha tenido un capricho
que no le haya satisfecho!..

JUSTO. Pero, hombre, ¡por Belcebú!
¿crees que eso te disculpa?

PIO. ¿Quién tiene de ello la culpa?

JUSTO. ¿Quién ha de tenerla? ¡tú!
Tú, que ni entras ni sales
en nada de lo que pasa
y no cuidas de tu casa
por cuidar los animales;
y abiertas tus puertas tienen
Diego, Periquito y Juan,

que ni sabes dónde van,
ni ménos de dónde vienen.
Tú, que educas á ese mono,
que irracional ha nacido,
mientras á tu hija has tenido
en un completo abandono;
y eres tan original,
que siendo antes cazador
te metes á protector
por hacerlo todo mal;
tú, que perder te hace el tino
y casi te vuelve loco
el que cante mucho ó poco
la codorniz del vecino;
siendo tales las raíces
que esa locura en tí echó,
que anoche te convirtió
en caco de codornices;
sucediendo—y es la fija—
que mientras que tú ¡infeliz!
cazabas la codorniz,
por poco cazan á tu hija,
que está de defectos llena,
pero ante la cual me postro,
pues aún lleva altivo el rostro
y es pura, y honrada y buena
porque *sí*, no hay más tu tia:
porque *sí*, tenlo presente,
por lo mismo que es valiente
la *española infantería*.
¡Nada, no te quiero oir!

PIO. Pero...

JUSTO. ¡En vano me pregonas!
¡Vaya usted á educar monas,
que es donde debe usté ir!

PIO. ¿Luego no es noble mision
proteger los animales?

JUSTO. ¡Es que hay tantos racionales
que han menester proteccion!

NORA. ¡Jesús! ¡Dios mio! ¡Qué modos!

JUSTO. Serán duras mis palabras,
mas por tu descuido, hoy labras
la infelicidad de todos.

PIO. ¡Sí; si tienes mil razones;
si estoy de ello convencido;
si tengo muy merecido
el tiro de perdigones!...
Mas ya comprendes que un padre
—aunque sea muy prudente—
no puede... Y que ¡francamente!
yo confiaba en su madre.
Cuando usa vestidos largos
una hija...

JUSTO. Cierto, sí.

NORA. ¿Qué es eso? ¿Tambien á mí
tiene usted que hacerme cargos?
¿Qué más he podido hacer?
¿No es mi Carmela instruida?

JUSTO. ¿Y usted cree, por mi vida,
que así cumple su deber?
¿De qué modo usted comprende
de una madre la mision?
¿Difundiendo esa instruccion
que usted difundir pretende?
¿Tratando sérias cuestiones
siempre por lados ridículos,
ó bien componiendo artículos
ó escribiendo *Bodegones?*

NORA. Nó, no señor; ilustrando,
venciendo al oscurantismo,
saliendo del ostracismo
en que hemos venido estando.
Rompiendo de nuestras jaulas
las estrechas proporciones,
terciando en las discusiones
y penetrando en las áulas.
Viendo lo malo y lo bueno
del mundo.

JUSTO. Sí, sí señora;
pero ¿usted acaso ignora

que al penetrar en el cieno
—siendo usted flor delicada
por su sexo y calidad—
tiene por necesidad
que salir de allí manchada?

NORA. Cuando es pura la intencion,
cualquier morada es un templo.

JUSTO. Sirva este libro de ejemplo. (Tomando el libro de manos de Nora.)
Usté ha escrito *El Bodeg on*.
¿Llegó usté alguno á pisar?

NORA. No tal.

JUSTO. No está bien escrito.

NORA. Sí que entré.

JUSTO. Pues lo repito;
se ha manchado usté al entrar.
En la mundanal batalla,
el hombre á luchar lanzado,
está siempre resguardado
por fuerte y espesa malla.
La mujer, esencia pura,
es cual la nieve en rigor;
que una flor, aun siendo flor,
roba encanto á su blancura.

NORA. ¿Luego siempre hemos de estar
en aislamiento profundo
sin ver el mundo?

JUSTO. ¿Qué mundo
más hermoso que su hogar?

PIO. ¡Bravo!

NORA. ¡Jesús!

JUSTO. Yo lamento
si esto á usté la contraría.

PIO. ¡Cuando yo te lo decia!
¡Es hombre de gran talento!

NORA. ¡Quita! ¿Tú le apoyas?

PIO. Sí,
puesto que tiene razon.

JUSTO. La verdadera mision
de la mujer está aquí:
idealizando el hogar,

trocando con dulce anhelo
cada morada en un cielo
que nadie ha de profanar;
sembrando principios fijos,
fruto de santas acciones,
y formando entre oraciones
el corazon de sus hijos.

PIO. Justo...

NORA. ¿Y no hemos de ilustrarnos
ni marchar con el progreso?

JUSTO. ¡No es eso!

NORA. ¡Vaya!

JUSTO. ¡No es eso!

NORA. ¿Ni hemos de civilizarnos?

JUSTO. Si destruye el corazon,
si pureza y candor quita,
¡una y mil veces maldita
esa civilizacion!

NORA. ¿Y porque á usted no le cuadre,
no ha de haber ni una escritora?

JUSTO. ¡Es que son tantos, señora,
los deberes de una madre!...

PIO. ¡Se acabó la discusion!
Trae. (Arrebatando el libro á Nora y los ejemplares que habrá sobre la mesa.)

NORA. ¿A dónde vas?... ¡Espera!

PIO. A dar el mico á cualquiera
y á quemar *El Bodegon.*

NORA. ¡Oye!... ¡mi ideal más bello!...
¡Una obra tan notable!...
¡Usted será el responsable
de semejante atropello! (Vase detras de D. Pio.)

ESCENA VII.

D. JUSTO y CARMELA

JUSTO. Sí, si me estuviera aquí;
mas no me habeis de pillar.

CARMELA. Pero, ¿se va usté á marchar

sin despedirse de mí?

JUSTO. Nó, señora, no por cierto,
que aunque muy pronto me iré,
he de dar ántes á usté
estos papeles que Alberto
me entregó. (Dándola unas cartas.)

CARMELA. ¡Eh!

JUSTO. Fuí á verle,
y como me *estima tanto*,
me los dió en seguida.

CARMELA. ¡Oh! cuánto
tengo á usted que agredecerle.

JUSTO. Quizá aquí de un amor ciego
haya pruebas candorosas,
inocentes; pero hay cosas
que están muy bien en el fuego.

CARMELA. Sí, señor, las quemaré;
mas antes, si así lo quiere,
le ruego á usted que se entere...

JUSTO. Seria ofenderla á usté.

CARMELA. Al contrario, es un favor.

JUSTO. Es tarde y me he de marchar.
¿Me tiene usted que mandar
otra cosa?

CARMELA. Nó, señor.

JUSTO. Pues con permiso de usté...
(Penetrando un instante y volviendo á salir en seguida con alguna prenda que indique ir de viaje.)

CARMELA. ¡Nada!... ¡Y no puedo oponerme!
¡Claro! Se va por no verme...
¿Qué haré, Dios mio, qué haré?
¡Yo me muero, estoy muy cierta!
¡Ay Vírgen!
(Llorando, y sin darse cuenta de ello, se coloca en al puerta del foro.)

JUSTO. (¿Qué es eso, llora? (Saliendo.)
No hay remedio.—¡Bien! ¡Ahora
se ha colocado en la puerta!)

CARMELA. (¡Y no volverá en su vida!
¡Si no merezco perdon!)

USTO. Diga usted, mi habitacion
¿tiene alguna otra salida?
CARMELA. ¿Pues ésta franca no está?
USTO. Si me deja usted salir...
CARMELA. Pero ¿se quiere usted ir
sin dar la mano á papá?
Desde aquí le estoy oyendo.
(Colocada en el dintel de la puerta y llamando)
¡Papá!... Ya me contestó.
JUSTO. Hija, ¿usted quiere que yo
siempre me esté despidiendo?
Ahora al salir le veré.
CARMELA. No le choque mi porfía.
¿Sabe usted lo que querria
yo ahora?...
JUSTO. Sí, ya lo sé.
Que yo no hubiera venido
nunca á esta casa.
CARMELA. Pues sí.
O haberme dejado á mí
tranquilamente en mi olvido.
Usted despertó un amor
que aletargado yacía:
pero nó, ¡qué tontería!
¡no le culpo, no señor!
Lejos de mí tal idea;
tan infame no he de ser.
¡Usted me enseñó á querer!...
¡Bendito mil veces sea!
German y usted, con profundo
afan que nunca sentí,
cruzando el mundo por mí,
me han mostrado un nuevo mundo.
Y ya ignoro—y más me aflijo—
á quién debo amor más fiel,
si á usted por ser padre de él,
ó á él por ser de usted hijo.
Dígale, pues, á German
—si el oirlo no le mata—
que fuí con él muy ingrata,

pero que le vengarán
de mí mis propios dolores;
pues soy tan loca, tan necia,
que cuanto más me desprecia
más muero por él de amores.
Que mil motivos le dí
para obrar de esa manera...
Pero ¡por Dios! ¡que me quiera
y no se olvide de mí!...

JUSTO. ¡Cármen!...

CARMELA. Que es suya mi vida,
pues su amor vida me ha dado,
y que de mi error pasado
estoy tan arrepentida,
que por vencer su desprecio
y volver á ser amada,
con mi honradez escudada,
sin temor al mundo necio,
ante el hombre que olvidé,
si así de mí lo exigiera,
de rodillas me pusiera
como me pongo ante usté! (Cayendo á sus piés.)

JUSTO. (¡Ea! ¡Ya esto se acabó!
¡Yo no puedo ya conmigo!)
¡Hija! yo nada le digo,
porque no me marcho.

CARMELA ¿Nó? (Loca de alegría.)

JUSTO. Él muy pronto va á llegar,
y yo no me mezclo en nada.
Usted no estará educada;
pero me ha hecho usted llorar.

CARMELA. ¿Y no se muestra usté adusto?

JUSTO. Nada: yo me callaré.

CARMELA. ¡Qué alegría! Deje usté
que le dé un beso, D. Justo. (Dándosele en la frente.)
Seremos novios un año
y yo prometo enmendarme...
¡Nó, nó! si es para probarme
yo misma y ver si me engaño...
Aunque nó; mi amor es fiel

y ya daré pruebas.

JUSTO. ¿Sí?

CARMELA. Ya que él es digno de mí,
yo mé haré digna de él.
Estoy de defectos llena,
soy un contínuo capricho;
pero es lo que usted ha dicho:
en el fondo soy muy buena.
Y, en fin....

JUSTO. (Me ha vencido ya,
aunque mucho no me cuadre.)

CARMELA. ¿No va usted á ser mi padre?
¡Pues usted me educará!

JUSTO. ¡Es claro!... eso me consuela.
(¡Como la otra!... ¡Me he lucido!
¡Señor! ¿habré yo nacido
para maestro de escuela?)

CARMELA. Voy á dar el alegron
á mi padre.

JUSTO. ¡Calma!... ¡Calma!

ESCENA ÚLTIMA.

CARMELA, NORA, JUSTO, PIO, y despues FLORO.

CARMELA. ¡Ay, papaito del alma! (Abrazándole.)

PIO. Ya está ardiendo *El Bodegon.*

CARMELA. ¡Me caso!

PIO. ¿Con German?

CARMELA. Sí.

PIO. ¡Choca! ¡Es lo más zalamera!
(Estrechando la mano de Justo.)

CARMELA. ¡Mamá!

PIO. ¡Que está hecha una fiera!

NORA. ¡Infame! (A Pio, entrando.)

CARMELA. ¡Ven, ven aquí!
Todo de arreglarse acaba,
y se realiza mi afan.

NORA. ¿Sí?

CARMELA. Me caso con German.

NORA. ¡Eso sólo nos faltaba!
¡Hacer un auto de fé
con libro tan superior! (A Pio.)
PIO. ¡Visionaria!
NORA. ¡Inquisidor!
¡La culpa ha tenido usté! (A D. Justo.)
JUSTO. ¿Quién, yo? ¿Qué está usté diciendo?
PIO. No vuelves á dar plumada.
NORA. ¿Voy á dejar empezada
la que ahora estoy escribiendo?
PIO. ¡Vaya!
CARMELA. Todo se concilia...
NORA. ¿Crees que tan débil soy?
PIO. Nada; lo dicho: ¡desde hoy
no escribes ni á tu familia!
NORA. Aunque ustedes me maltratan,
yo soy, ya que así alborotan,
de las mujeres que votan...
PIO. Cierto, sí; y de las que matan.
NORA. Y me emancipo.
PIO. ¡Ojalá!
CARMELA. Vamos, cálmate.
NORA. ¡Traidores!
¡Retrospectivos!
FLORO. ¡Señores! (Entrando.)
PIO. ¡Cómo! ¿Otra vez por acá?
FLORO. Sí.
JUSTO. Te advierto que el ladron
no fué éste; tengo evidencia. (A Pio.)
FLORO. Vengo á probar mi inocencia,
y á reclamar...
PIO. El faldon. (Dándosele.)
FLORO. Víctima de la malicia
de Alberto...
JUSTO. ¡Sí, lo sé ya!
FLORO. ¡Y ahora tratando estará
no sé qué con la justicia!
Reclamo por tanto...
PIO. ¿Qué?
FLORO. Que mi inocencia...

CARMELA. Paciencia. (A Nora.)
JUSTO. ¡Nó, señor, si la inocencia
nunca la ha ha perdido usté!
CARMELA. Por si consuelo halla así
de lo del lance pasado,
dése usted por convidado
á mi boda.
FLORO. ¿Eh? ¿qué oí?...
(¡Y lo dice tan serena!)
¿Se casa usted con?... ¡qué horor!...
¿Era cierto? (A D. Justo.)
JUSTO. Sí, señor.
FLORO. ¡Pues que sea enhorabuena!
PIO. No me guarde usté ojeriza,
y perdone el arrechucho.
FLORO. ¡Me alegro, me alegro mucho!
(¡Calabazas y paliza!)
PIO. Un consejo te he de dar, (A Cármen.)
fruto de pasados yerros:
protege siempre á los perros,
por lo que pueda tronar.
JUSTO. Yo tambien, aunque te asombres, (A Pio.)
me declaro protector
de ellos, que es superior
su instinto al de muchos hombres.
Mas si pesares prolijos (A Cármen.)
desde hoy quieres evitar,
si Dios te los llega á dar,
educa bien á tus hijos:
dales cariño sin tasa;
serás—y créeme á mí—
buena madre, y esa sí
que es «¡El guardian de la casa!»

FIN DE LA COMEDIA.

NOTA.

Suplico encarecídamente á los señores directores de escena cuiden con particular empeño el final de este acto, puesto que contribuye en gran manera al mejor éxito de la obra.

Con bien poco trabajo puede amaestrarse un perro para que ladre y salga con el pedazo de tela en tiempo oportuno. El actor encargado del papel de Justo debe traer en la mano, sin necesidad de que nadie se aperciba, otro pedazo de tela igual al chaquét que traiga puesto Alberto, á fin de que, si el perro no saliera, se adelante Justo á los bastidores del foro y se suponga lo coge de la boca del animal. Pero repito y vuelvo á rogar que no se prescinda nunca del perro, porque presta al cuadro mucha verdad y mucha vida.

A lo léjos debe oirse tambien el canto de la codorniz que contesta al reclamo tocado por Pio.

EL AUTOR

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Chanteuse par amour	1	Sres. Paul y Cenrión	M.
Con paz y ventura	1	Navarro y Nieto	L. y M.
El gran artista	1	Cuartero y Ferrer	L.
Heloise et Abelard	1	D. H. Litolff	M.
La cachucha	1	Sres. R. L. P. de Guzman y C. Mangiagalli	L. y M.
La mejor venganza	1	Ruesga, Prieto, y Espino	$^1/_2$ L. y $^1/_2$ M.
La chamor du primtems	1	D. Robert Planquette	M.
La esquina del Suizo	1	Sres. Perrin y Nieto	L. y M.
La jeunesse de Beranger	1	D. Robert Planquette	M.
La saint Nicolás!	1	Robert Planquette	M.
Le chevalier Gaston	1	Sres. Veron y Planquette	L. y M.
Les Rendez vous galants	1	D. Robert Planquette	M.
Mata moros	1	Navarro y Caballero	L. y M.
Monomanía musical	1	Perrin y Nieto	L. y M.
Memnon	1	C. Grisart	M.
Paille d'avoine	1	Robert Planquette	M.
Picio, Adan y Compañía	1	Liern y Mangiagalli	L. y M.
Señoritas de Conil	1	R. L. P. de Guzman	L.
L'amour et son carquois	2	Ch. Lecocq	M.
Florinda	3	J. J. Jimenez Delgado	L.
Heliodora ó el amor enamorado	3	J. E. Hartzenbusch	L.
La Boite de Pandore	3	H. Litolff	M.
La calle de Carretas	3	R. G. y Santisteban	L.
Les noces de Fernande	3	Louis Deffes	M.
Les voltigeurs de la 32me	3	Sres. Gondinet, Duval y Planquette	L. y M.
Niniche	3	Marius Bouliard	M.
La fiancée du roi de Garbe	4	H. Litolff	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18, y de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.